

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



«LA FAMILIA, SANTUARIO DE MISERICORDIA»

La familia, reflejo del amor de Dios a los hombres

Permanente continuidad del magisterio pontificio sobre la familia

La Sagrada Familia, modelo de toda familia

El ataque a la familia, un rechazo al plan de Dios

La familia frente a la ideología de género

La familia es la clave: la ciencia lo confirma



Sagrada Familia, de Claudio Coello (s. XVII)

«Varón y mujer, padre y madre, son co-operadores del amor de Dios Creador y en cierta manera sus intérpretes. Muestran a sus hijos el rostro materno y el rostro paterno del Señor.»

FRANCISCO, *Amoris laetitia*

Sumario

La autoridad divina de la Iglesia <i>J. M^a A. R</i>	3
La familia, reflejo del amor de Dios a los hombres <i>Ibón Elósegui</i>	5
«Haced de este Corazón el rey de vuestra casa» <i>Pío XII a los esposos</i>	9
En el matrimonio y la familia Dios realiza su designio de amor Magisterio pontificio	10
La Sagrada Familia, modelo de toda familia <i>José M^a Alsina Roca</i>	12
El ataque a la familia, un rechazo al plan de Dios <i>Fernando Pueyo Toquero</i>	15
La familia frente a la ideología de género <i>Cardenal Robert Sarah</i>	18
Exhortación apostólica <i>Amoris laetitia</i> Fragmentos	22
La familia es la clave: la ciencia lo confirma <i>Jorge Soley Climent</i>	24
Chesterton y el carácter sagrado de la familia	26
Ley de Identidad y expresión de género <i>José J. Escandell</i>	27
Antiguo Testamento (VI): ¡No a la Tierra Prometida! <i>Gerardo Manresa</i>	31
Virgen del Olvido, Triunfo y Misericordias <i>Clara Serra</i>	32
Mamá y papá unidos por siempre en el Paraíso <i>Gianna Molla</i>	34
La conversión de Vittorio Messori: <i>Nicolás Echave SDB</i>	36
San Francisco de Sales: «¡Ah, Teótimo, qué bueno ha sido Dios para con nosotros!»	38
«Quien repudia a su mujer y se casa con otra comete adulterio» <i>Francisco</i>	39
Iglesia perseguida	40
Pequeñas lecciones de historia	42

RAZÓN DEL NÚMERO

EN este Año jubilar de la Misericordia en el que la Iglesia anuncia al mundo de un modo insistente que todos los hombres son objeto de la misericordia infinita de Dios, hemos querido dedicar este número a la familia contemplándola como una de las manifestaciones más grandiosas de la misericordia divina. Quizá por ello mismo podemos entender este misterio del mundo contemporáneo occidental, que lleva a cabo con grave y manifiesto daño para todos tantas iniciativas legislativas que tienen como objetivo desdibujar totalmente la realidad de la institución familiar.

En nuestra cultura oficial, no la real, cuando se utiliza la expresión de «modelos de familia» es para negar la realidad de la verdadera familia, que se califica de un modo despectivo como «tradicional»; sin embargo, en la vida cotidiana, la familia continúa siendo aquella realidad más apreciada y más directamente relacionada con lo que constituye la felicidad de toda persona. Es en ella donde todo ser humano puede tener la primera y más permanente experiencia de lo más importante de su vida, la de ser querido de un modo único e irreplicable, amor que será la fuente de la que podrá brotar el descubrimiento de que es amado por el mismo Dios. De ahí las duras palabras que recientemente ha pronunciado el cardenal Sarah afirmando que esta lucha contra la familia hay que entenderla como algo que tiene un origen demoníaco, es el intento del demonio para que al hombre no le llegue de una forma directa y vital el anuncio de la Buena Nueva. Las ideologías antifamilistas, especialmente la ideología de género son algo radicalmente contrario a la naturaleza humana que impide vivir de un modo verdaderamente humano y al mismo tiempo separa al hombre de Dios.

Este es el gran reto, la gran batalla espiritual del mundo actual: si siguiéramos por el camino emprendido las generaciones venideras, cada vez menos numerosas, no tendrían experiencia de lo que es el amor generoso de un padre y de una madre y la experiencia gratificante de una vida compartida con los hermanos. Las raíces de estos males ya tienen una larga historia que va unida al proceso de secularización de la vida social. Como ya denunció León XIII, el matrimonio y la familia son una realidad que trasciende a la voluntad humana y se debe reconocer como obra de Dios. El magisterio de la Iglesia durante los últimos pontificados ha sido insistente a este respecto: hoy sufrimos las consecuencias de no haber escuchado esta voz profética de los papas.

Con la actual exhortación apostólica *Amoris laetitia* la Iglesia de nuevo se dirige a la humanidad actual para recordarle que sólo hay un verdadero matrimonio cuando un hombre y una mujer se comprometen definitivamente con un amor capaz de acoger nuevas vidas y además la familia es la que hace posible que el hombre descubra de un modo gozoso la grandeza de la misericordia de Dios.

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Antoni Prevosti Monclús
Redacción y administración
Duran i Bas, 9, 2^a
08002 Barcelona
Redacción: 93 317 47 33
e-mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración: 93 317 47 33
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, SA – D.L.: B-15860-58

La autoridad divina de la Iglesia

J.M^a.A.R.

EN estos últimos meses se han multiplicado en los distintos medios de comunicación las polémicas en torno a las enseñanzas y gestos del actual papa Francisco, especialmente en ocasión de la reciente exhortación apostólica *Amoris laetitia*. En estas circunstancias CRISTIANDAD quiere reiterar su compromiso con aquellas reglas de san Ignacio de sentir con la Iglesia que inspiran su fidelidad al magisterio de la Iglesia y el amor al Vicario de Cristo que, como sucesor de Pedro, preside la Iglesia católica. Nuestro fundador, el padre Ramón Orlandis, afirmó reiteradamente que la tarea de la revista, en estos tiempos de naturalismo asfixiante, era la de sobrenaturalizarlo todo, también al Romano Pontífice. De acuerdo con este criterio, leemos y escuchamos las enseñanzas del Papa en continuidad con la permanente enseñanza de la Iglesia y coherentes con ello, hemos elaborado este número dedicado al magisterio de la Iglesia sobre la familia, especialmente de los últimos papas. Con el fin de explicitar más esta actitud, reproducimos a continuación unos párrafos de un artículo-editorial escrito por nuestro colaborador y maestro Francisco Canals en junio de 1967, en unos momentos y circunstancias no muy distintas de las actuales en las que también en nombre de un pretendido «espíritu» del último concilio, se daban por canceladas muchas de las enseñanzas permanentes de la Iglesia.

«El Papa es infalible cuando habla; no cuando calla». Al afirmar esto, el padre Orlandis tenía conciencia de establecer un principio y de proponer una advertencia decisivamente urgente para la defensa de la fe.

Los silencios pontificios comenzaban ya a ser invocados con intención polémica contra algunos aspectos de la doctrina y de la espiritualidad católicas.

El silencio de quien ejerce un magisterio supremo parece mostrarse como significativo y como definible en su intención, cuando resalta sobre la abundancia la multiforme variedad de sus intervenciones. En nombre del respeto al Pontificado –y posteriormente al Concilio–, una serie de presiones convergentes se han esforzado en sugerir al pueblo cristiano una inversión de valores según la cual había que ir considerando como de menor trascendencia, o de menor oportunidad, todos aquellos temas en los que por lo visto (o mejor diríamos, por no oído), ya no se centra la atención de la Iglesia de hoy.

(...) «Ésta es la necesidad más urgente de nuestro tiempo: sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pontífice».¹ Al servicio de esta tarea será oportuno, al iniciarse el Año de la Fe, recordar algunos puntos esenciales sobre la autoridad e inmutable permanencia del Magisterio divinamente instituido.

Por la infalibilidad que Cristo quiso dar a su Iglesia debemos creer «con fe divina y católica» lo que, en el magisterio ordinario y universal, o en el juicio solemne del Concilio Ecuménico o del Romano Pontífice al hablar *ex cathedra*, propone la Iglesia como revelado por Dios.² Del mismo magisterio ordinario del Papa y de los obispos vale también siempre, incluso cuando no se ejerce en ese orden supremo, aquello: «quien a vosotros oye a mi me oye»³.

Claro es que en uno u otro plano se trata siempre del Papa y del Episcopado en cuanto tales; «el Papa, Papa», decía el padre Orlandis. La fidelidad cristiana a la autoridad divina de la Iglesia nos exige por lo mismo recordar:

1.º Algunos años o incluso siglos de silencio, aparente o real, accidental o intencionado, o una menor insistencia por parte de la Jerarquía sobre algún punto del Misterio revelado y

1. Ramón Orlandis, S. J. «Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey», CRISTIANDAD, núm. 39, 1945.

2. Concilio Vaticano I, constitución dogmática sobre la fe católica, cap. 111.

3. Encíclica *Humani generis*.

definido, no derogan el deber de la fe ni excusan de pecado de herejía a quien los niegue con cualquier pretexto, aunque sea a pretexto del silencio de la Jerarquía. Y esto es así aunque en el mundo de la ciencia teológica o en el de los intelectuales católicos, o en las estructuras clericales o de apostolado seglar, lleguen a tener amplia difusión doctrinas opuestas a las ya definidas por el Magisterio o a las propuestas como de fe según las tradiciones apostólicas y eclesíásticas.

2.º Los pastores de la Iglesia pueden tomar actitudes y modos de comportamiento que prestigien positivamente doctrinas erróneas. En este caso, los efectos de su silencio, culpable, vienen agravados por el peso de un ejemplo que empuja a los fieles en dirección contraria a sus enseñanzas auténticas. No compete a los fieles juzgar a sus pastores; pero no compete tampoco a nadie invocar «contra la verdad» los silencios o los gestos de los pastores.

Históricamente, la posibilidad a que aludimos se ha realizado. Pedro «obliga a las gentes a judaizar»⁴ con su conducta en Antioquía, con la que «no obra derechamente según la verdad del Evangelio». El papa Liberio escandaliza a todos los siglos cristianos con su connivencia, interesada y cobarde, con los enemigos de Atanasio, el defensor de la fe acusado de romper la unidad y la paz de la Iglesia.

3.º El Papa no es infalible cuando calla, ni lo es en la oportunidad de lo que puedan sugerir sus gestos o actitudes; en el caso de que se dé un contraste cierto entre las palabras y los gestos valdría aquello de: «haced todo lo que os digan, pero no obréis conforme a sus obras». Pero además es doctrinal e históricamente cierto que puede obrar en forma impropcedente y dañosa para la fe al impedir con el peso de su autoridad el curso de una polémica doctrinal. No es infalible cuando manda callar, salvo en el caso en que prohíba solemnemente una doctrina como herética.

4. Epístola de san Pablo a los Gálatas cap. II, v.14.

De las reglas para sentir con la Iglesia

«Depuesto todo juicio, debemos tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo a la vera Esposa de Cristo nuestro Señor, que es la Santa Madre Iglesia jerárquica»

(Regla primera, nº 353).

«Debemos siempre tener, para en todo acertar, que lo blanco que yo veo creer que es negro si la Iglesia jerárquica así lo determina, creyendo que entre Cristo nuestro Señor, el Esposo, y la Iglesia, su Esposa, es el mismo Espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas, porque por el mismo Espíritu Señor nuestro, que dio los Diez Mandamientos, es regida y gobernada nuestra Santa Madre Iglesia».

(Regla decimotercera nº 365).

La familia, reflejo del amor de Dios a los hombres

IBÓN ELÓSEGUI

EL papa Francisco en su última exhortación apostólica sobre el matrimonio, en perfecta sintonía con el magisterio de los pontífices anteriores afirma: «El matrimonio es un signo precioso, porque cuando un hombre y una mujer celebran el sacramento del matrimonio, Dios, por decirlo así, se “refleja” en ellos, imprime en ellos los propios rasgos y el carácter indeleble de su amor. El matrimonio es la imagen del amor de Dios por nosotros».¹

Esta idea clave, para entender la belleza del matrimonio cristiano como reflejo del amor de Dios a los hombres, es repetida en diversas ocasiones a lo largo de dicha exhortación:

«De Cristo, mediante la Iglesia, el matrimonio y la familia reciben la gracia necesaria para testimoniar el Evangelio del amor de Dios».²

«Ambos, varón y mujer, padre y madre, son coproductores del amor de Dios Creador y en cierta manera sus intérpretes. Muestran a sus hijos el rostro materno y el rostro paterno del Señor».³

«Con el testimonio, y también con la palabra, las familias hablan de Jesús a los demás, transmiten la fe, despiertan el deseo de Dios, y muestran la belleza del Evangelio y del estilo de vida que nos propone. Así, los matrimonios cristianos pintan el gris del espacio público llenándolo del color de la fraternidad, de la sensibilidad social, de la defensa de los frágiles, de la fe luminosa, de la esperanza activa. Su fecundidad se amplía y se traduce en miles de maneras de hacer presente el amor de Dios en la sociedad».⁴

En la misma línea san Juan Pablo II mostraba el «gran misterio» de la familia, relacionándolo con la unión entre Cristo y la Iglesia: «No se puede, pues, comprender a la Iglesia como Cuerpo místico de Cristo, como signo de la alianza del hombre con Dios en Cristo, como sacramento universal de salvación, sin hacer referencia al “gran misterio”, unido a la creación del hombre varón y mujer, y a su vocación para el amor conyugal, a la paternidad y a la maternidad. No existe el “gran misterio”, que es la Iglesia y la humanidad en Cristo, sin el “gran misterio” expresado en el ser “una sola carne”, es decir, en la realidad del matrimonio y de la familia. La familia misma es el gran misterio de Dios».⁵

Para comprender en toda su profundidad estos textos sobre la familia es preciso remontarse al inicio de la Creación, donde encontramos la vocación a la que fue llamada la familia en el plan previsto por Dios. Así lo hizo también el Señor cuando los fariseos para ponerlo a prueba le preguntaron si era lícito a un hombre separarse de su mujer. Sus palabras fueron claras: «¿No habéis oído que el Creador desde el principio los hizo hombre y mujer...?»⁶.

No es bueno que el hombre esté solo: la familia al inicio de la Creación

EN el primer capítulo del Génesis, llegados al sexto día «Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios los creó, hombre y mujer los creó»⁷. La razón de crear un hombre y una mujer la encontramos más adelante, cuando narra que Dios puso delante del hombre «todos los animales del campo y todas las aves del cielo... para ver cómo los llamaba»⁸. Pero el hombre «no encontró la ayuda adecuada»⁹, es decir, no encontraba nadie semejante a él, por lo que a pesar de tenerlo todo le faltaba lo más propio del hombre, lo que le hace semejante a Dios, alguien como él a quien amar y entregarse. Por ello «El Señor Dios dijo: “No es bueno que el hombre esté solo: le daré una ayuda apropiada”»¹⁰, creando a la mujer, alguien semejante a él, carne de su propia carne.

A continuación viene lo que san Juan Pablo II llamó «el canto nupcial del primer hombre»¹¹, en el que Adán exclama «Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne; esta será llamada mujer porque del varón ha sido tomada»¹².

En estos primeros versículos se concentra la razón de ser del hombre y de la familia, quedando patente que «Dios mismo está en el origen del proyecto familiar. Es Dios, quien no sólo nos ha dado la vida, sino que ha dado al hombre la capacidad de comunicarla, transmitirla y, por este motivo tan importante, la fa-

(1994), n.19.

6. Mt 19,4

7. Gn 1, 27

8. Gn 2, 19.

9. Gn 2, 20.

10. Gn 2, 18.

11. SAN JUAN PABLO II, audiencia general, 7 de noviembre de 1979.

12. Gn 2, 23.

1. FRANCISCO, exhor. apost., *Amoris laetitia*, n. 121.

2. *Ibíd.*, n. 71

3. *Ibíd.*, n. 172

4. *Ibíd.*, n. 184

5. SAN JUAN PABLO II, carta apostólica a las familias,

milia es una muestra manifiesta del amor que Dios tiene a los hombres»¹³.

Tras el pecado, Dios muestra su misericordia a la familia, y con ella a la humanidad entera

PERO he aquí, que esta primera familia para quien todo fue creado y bajo la cual toda la naturaleza estaba sujeta, «Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla»¹⁴, por influencia del demonio perdió la amistad con Dios, quedando herida por el pecado. El príncipe de la mentira, consciente de que la familia es un reflejo del amor de Dios, trata de romper esta unión, para que la humanidad quede olvidada a su propia suerte.

Pero Dios, en su plan de salvación, no abandona a la familia antes bien les concede su gracia: «Para sanar las heridas del pecado, el hombre y la mujer necesitan la ayuda de la gracia que Dios, en su misericordia infinita, jamás les ha negado. Sin esta ayuda, el hombre y la mujer no pueden llegar a realizar la unión de sus vidas en orden a la cual Dios los creó «al comienzo»¹⁵.

Y así comienza el devenir de la primera familia por este mundo: llamados a ser reflejo del amor de Dios, ha sido herida por el pecado pero ayudados por la misericordia de Dios.

Familia de Noé: medio a través del cual el amor de Dios actúa para salvar a la humanidad perdida

PERO la humanidad ensoberbecida por el pecado vuelve a ofender a Dios: «La tierra estaba corrompida delante de Dios y toda ella llena de violencia. Dios miró a la tierra, y vio que estaba corrompida, porque todo mortal había corrompido su camino sobre ella»¹⁶.

Y de nuevo, a través de una familia, la compuesta por Noé y su esposa, el Señor vuelve a mostrar su misericordia para con la humanidad: «El Señor dijo a Noé: “Entra en el arca tú con toda tu familia, porque tú eres el único hombre justo que he encontrado en esta generación”»¹⁷. A través de esa familia Dios vuelve a bendecir a la humanidad entera, exhortándoles a llevar a cabo lo mismo que les dijo a Adán y Eva: «Sed fecundos, multiplicaos y llenad la tierra»¹⁸.

13. José María ALSINA ROCA, *¡La familia, gran don de Dios!*, CRISTIANDAD, marzo 2008.

14. Gn 1,28.

15. *Catecismo de la Iglesia católica*, n.1608.

16. Gn 6, 11-12.

17. Gn 7, 1.

18. Gn 9, 1.

Familia de Abraham: alianza eterna de Dios con la humanidad

LEGADO el tiempo de la elección de un pueblo el Señor elige a la familia compuesta por Abrahán y Sara, a quienes promete hacer su descendencia más numerosa que las estrellas del cielo¹⁹. Con Abrahán, en cuanto cabeza de familia, Dios establece una alianza perpetua en la que muestra su amor por los hombres a quienes vuelve a mostrar su misericordia.

«Esta será mi alianza contigo: tú serás el padre de una multitud de naciones. Y ya no te llamarás más Abram: en adelante tu nombre será Abraham, para indicar que yo te he constituido padre de una multitud de naciones. Te haré extraordinariamente fecundo: de ti suscitaré naciones, y de ti nacerán reyes. Estableceré mi alianza contigo y con tu descendencia a través de las generaciones. Mi alianza será una alianza eterna, y así yo seré tú Dios y el de tus descendientes»²⁰.

A partir de esta familia el pueblo de Israel se convierte en el Pueblo protegido de Dios, no por ser el más numeroso ni el más poderoso, sino simplemente, por pura gratuidad divina.

Sagrada Familia: modelo de todas las familias cristianas y depositaria del amor de Dios para con los hombres

AL llegar la plenitud de los tiempos²¹, Dios mismo, por amor a los hombres se encarna y se hace hombre, naciendo en una familia, la formada por José y María. Una vez más la familia es la protagonista de la historia de amor prevista por Dios para con la humanidad. Dios no nace en un lugar solitario, no nace adulto ni nace desvinculado de la humanidad a la que ha venido a redimir. Dios se hace hombre entre los hombres naciendo en una sencilla familia, en un acto que muestra el infinito amor que tiene Dios por sus criaturas. Y este amor lo manifiesta a través de la familia, constatando una vez más la misión que tiene ésta como depositaria del amor de Dios por los hombres.

De esta familia decía san Juan Pablo II: «Y he aquí que en el umbral del Nuevo Testamento, como ya al comienzo del Antiguo, hay una pareja. Pero, mientras la de Adán y Eva había sido fuente del mal que ha inundado al mundo, la de José y María constituye el vértice, por medio del cual la santidad se esparce por toda la tierra»²².

19. Gn 15, 5.

20. Gn 17, 4-8.

21. Gal 4, 4.

22. SAN JUAN PABLO II, exhor. apost., *Redemptoris*

Y seguía afirmando: «¡Cuántas enseñanzas se derivan de todo esto para la familia! Porque “la esencia y el cometido de la familia son definidos en última instancia por el amor” y “la familia recibe la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia su esposa”; es en la Sagrada Familia, en esta originaria “Iglesia doméstica”, donde todas las familias cristianas deben mirarse. En efecto, “por un misterioso designio de Dios, en ella vivió escondido largos años el Hijo de Dios: es, pues, el prototipo y ejemplo de todas las familias cristianas”»²³.

La destrucción de la familia: destrucción del reflejo del amor de Dios por los hombres

SIENDO este el plan de amor de Dios para con los hombres a través de la familia; ¿Cómo es posible que hoy en día la familia esté siendo tan perseguida desde las diversas instituciones que están llamadas a velar por ella? ¿Cómo es posible que se la rebaje hasta compararla con «otro tipo de uniones»? ¿Cómo es posible que los jóvenes, a pesar de ser la familia lo que más valoran, sean reacios a dar el paso de formar ellos su propia familia? ¿Cómo es posible que la legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo sea visto como un progreso de la humanidad, y un acto de libertad e igualdad? ¿Qué se busca detrás de todas aquellas leyes que tratan de equiparar los «distintos tipos de uniones»?

Estamos, decía san Juan Pablo II, «en un momento histórico en que la familia es objeto de muchas fuerzas que tratan de destruirla o deformarla»²⁴. En la misma línea el papa Benedicto XVI dijo en Lourdes: «Hay sin duda un problema particularmente urgente que aparece en todas partes: la situación de la familia... se enfrenta ahora a verdaderas borrascas»²⁵. Y más próximo en el tiempo el cardenal Sarah decía: «La familia es la preparación natural y la anticipación de la comunión que es posible cuando estamos unidos con Dios... es

por ello que el demonio está intentando destruir la familia. Si la familia es destruida, perdemos nuestros fundamentos antropológicos dados por Dios y por lo tanto resultará más difícil de recibir la Buena Nueva de Jesucristo... Esta es la razón por la que es tan importante luchar para proteger a la familia, la primera célula de la vida de la Iglesia y de toda la sociedad. No se trata de ideas abstractas. No es una guerra ideológica entre las ideas de la competencia. Se trata de la defensa de nosotros mismos, de los niños y de las futuras generaciones de una ideología demoníaca que dice que los niños no necesitan a las madres y los padres. Se niega la naturaleza humana y quiere apartar a generaciones enteras de Dios»²⁶.

Únicamente desde la perspectiva de la teología de la historia, es decir, desde los ojos de Dios, es posible entender que en este mundo se da aquella batalla que describía san Agustín de manera tan admirable: «Dos amores fundaron, pues, dos ciudades, a saber: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena, y el amor de Dios hasta el desprecio de sí propio, la celestial»²⁷.

Cuenta el cardenal Caffarra que en una carta que le escribió Sor Lucía, la vidente de Fátima, le decía: «El enfrentamiento final entre el Señor y el reino de Satanás será sobre el matrimonio y sobre la familia. No tengan miedo, porque cualquiera que trabaja para la santidad del matrimonio y la familia,

Cuenta el cardenal Caffarra que en una carta que le escribió Sor Lucía, la vidente de Fátima, le decía: «El enfrentamiento final entre el Señor y el reino de Satanás será sobre el matrimonio y sobre la familia».

siempre va a ser combatido y odiado de todas formas, porque este es el punto decisivo. Sin embargo, Nuestra Señora ya le ha aplastado la cabeza».

«Se advertía – prosigue el purpurado – también hablando con Juan Pablo II, que este era el nudo, porque se tocaba la columna que sostiene la Creación, la verdad sobre la relación entre el hombre y la mujer y entre las generaciones. Si se toca la columna central cae todo el edificio, y esto ahora lo vemos, porque estamos en este momento y lo sabemos».

La familia, al ser un reflejo del amor de Dios por la humanidad, tiene que ser destruida para que

Custos, 1989, n.7. Este texto pertenece a una alocución de Pablo VI al Movimiento Équipes Notre-Dame (4 de mayo de 1970).

23. *Ibíd.*

24. SAN JUAN PABLO II, exhor. apost., *Familiaris consortio*, 1981, n. 3.

25. BENEDICTO XVI, en Lourdes, 14 de septiembre de 2008 a la Conferencia Episcopal Francesa.

26. CARDENAL SARAH, prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos. Conferencia en el 12º Desayuno Nacional Católico de Oración, martes 17 de mayo de 2016

27. SAN AGUSTÍN, *La Ciudad de Dios*, XVII, 115.

el hombre no experimente el amor de Dios. La historia vuelve a repetirse; así como en el Génesis el demonio trató de destruir la amistad entre Dios y nuestros primeros padres, así también ahora trata de borrar uno de los pocos vestigios del amor de Dios que hay en la humanidad: las familias que, unidas en el amor frente a las dificultades, muestran a los demás que el amor verdadero y fecundo únicamente es posible con la ayuda de Dios.

Conclusión: la familia, llamada a manifestar el amor del Corazón de Cristo a la humanidad

PERO una vez más el Señor no abandona a los hombres, y a pesar de «las borrascas» «la luz brilla en las tinieblas»²⁸. Próximos a celebrar el centenario de las apariciones de Fátima (1917) no podemos olvidar la promesa que nos hizo la Virgen «al final mi Corazón triunfará». Palabras que están en continuidad con la esperanza que profesaba el beato Pío IX al proclamar el dogma de la Inmaculada Concepción: «Nos, con firmísima esperanza y absoluta confianza, nos esforzamos en conseguir de la bienaventurada Virgen María, que se digne otor-

28. Jn 1, 5.

garnos que la Iglesia, desaparecidas todas las dificultades y deshechos todos los errores, florezca en el universo entero, para que todos los extraviados vuelvan al camino de la verdad, y se forme un solo rebaño y un solo pastor»²⁹.

De este modo finaliza también la exhortación sobre la familia de san Juan Pablo II: «Que Cristo Señor, Rey del universo, Rey de las familias, esté presente como en Caná, en cada hogar cristiano para dar luz, alegría, serenidad y fortaleza. A Él, en el día solemne dedicado a su realeza, pido que cada familia sepa dar generosamente su aportación original para la venida de su Reino al mundo, «Reino de verdad y de vida, Reino de santidad y de gracia, Reino de justicia, de amor y de paz», hacia el cual está caminando la historia. A Cristo, a María y a José encomiendo cada familia. En sus manos y en su corazón pongo esta exhortación: que ellos os la ofrezcan a vosotros, venerables hermanos y amadísimos hijos, y abran vuestros corazones a la luz que el Evangelio irradia sobre cada familia»³⁰.

Y así, las familias se convertirán en el reflejo del amor de Dios a los hombres.

29. Beato Pío IX, carta apost. *Ineffabilis Deus*, n. 19.

30. San JUAN PABLO II, exhor. apost., *Familiaris consortio*, 1981, n. 86.



«Cuando quiero representarme la fidelidad en el hogar divino de la Sagrada Familia de Nazaret, considero de modo totalmente natural la de mis padres». (Testimonio de Celina en el proceso de beatificación de santa Teresita).

Haced de este Corazón el rey de vuestra casa

De las alocuciones de Pío XII a los jóvenes esposos (26 de junio de 1940)

BIEN lo saben los que, para expulsar a Dios de la sociedad y lanzarla en el desorden, se esfuerzan por quitar a la familia el respeto y hasta el recuerdo de las leyes divinas, exaltando el divorcio y la unión libre, poniendo trabas al papel providencial confiado a los padres con respecto a sus hijos; infundiendo en los esposos el temor de las fatigas materiales y de las responsabilidades morales que lleva consigo el glorioso peso de una prole numerosa.

Contra semejantes peligros deseamos preveniros, recomendándoos que os consagréis al Corazón santísimo de Jesús. Lo que ha faltado, lo que falta al mundo para vivir feliz en la paz, es el espíritu evangélico de sacrificio, y este espíritu falta porque, cuando la fe se debilita, viene a prevalecer el egoísmo, que destruye y hace imposibles la felicidad en común. De la fe brotan el temor de Dios y la piedad, que hacen a los hombres pacíficos; el amor al trabajo que conduce al aumento de las mismas riquezas materiales; la equidad que enseña y asegura su recta distribución; la caridad que repara asiduamente las inevitables brechas abiertas en la justicia por las pasiones humanas.

(...) A este fin les encamina por una vía dulce y segura la devoción al Sagrado Corazón.

Porque en primer lugar, la imagen del divino Corazón, rodeado de llamas, coronado de espinas, abierto por la lanza, recuerda hasta qué punto amó Jesús a los hombres y se sacrificó por ellos, es decir, según sus propias palabras, «hasta agotarse y consumirse». Además, el lamento del Salvador por la infidelidad y las ingratitudes de los hombres imprime a esta devoción un carácter esencial de penitencia expiatoria. Nuestro gran predecesor Pío XI lo aclaró admirablemente en su encíclica «*Miserentissimus Redemptor*», y en la oración litúrgica de la fiesta del Sagrado Corazón, donde se dice que al devoto obsequio de nuestra piedad (*devotum pietatis nostrae obsequium*) debe añadirse una digna satisfacción por nuestros pecados (*digna satisfactionis officium*). Estos dos elementos hacen a la devoción del Sagrado Corazón eminentemente apta para restablecer el orden quebrantado, y con esto para

preparar y promover el retorno de la paz. La grande obra de Cristo, o, para hablar con san Pablo, la obra que Dios hizo en Él, era reconciliar consigo al mundo (*Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi*), y la sangre, cuyas últimas gotas brotaron del Corazón de Jesús sobre la cruz, es el sello de la nueva Alianza que reanuda los vínculos de amor entre Dios y el hombre, rotos por el pecado original.

Haced, pues, de este Corazón el rey de vuestra casa, y estableceréis en ella la paz. Tanto más cuanto que Él mismo, renovando y determinando las bendiciones de su Padre celestial hacia las familias fieles, prometió hacer reinar la paz en aquellas que le fueren consagradas.

¡Oh, si todos los hombres escuchasen esta invitación y esta promesa! Dos gloriosos predecesores nuestros, León XIII y Pío XI, como padres comunes de la Cristiandad y guías inspirados del género humano sobre este mundo, lo consagraron solemnemente, es verdad, al Corazón de Jesús. Pero, ¡cuántas almas ignoran todavía, cuántas hasta desprecian el manantial de gracia que les ha sido abierto y les es tan fácilmente accesible!

¡Ah!, no seáis vosotros de aquellos negligentes o necios que dejan cerradas al Rey de amor las puertas de su hogar, de su ciudad, de su nación, y

retrasan con eso mismo el día en que el mundo, pacificado, vuelva a encontrar la verdadera felicidad. ¿Cerraríais acaso vuestra ventana, si vierais volar ante ella, como Noé ante el Arca, la paloma con el ramo de olivo? Pues lo que promete y trae el Sagrado Corazón es más que un símbolo, es la realidad de la paz. Jesús os pide únicamente que le deis sinceramente vuestro corazón; tal es la verdadera consagración. Tened la valentía de hacerla, y aprenderéis por experiencia que Dios no se deja nunca vencer en generosidad.

Sean las que fueren, hoy o mañana, las dificultades de la vida en torno a vosotros, no experimentaréis ya aquellos desalientos y aquellas tristezas que conducen al abatimiento; porque desalentarse es faltar el corazón; pero vosotros tendréis, en lugar de un débil corazón humano un corazón conforme al de Dios mismo.



En el matrimonio y la familia Dios realiza su designio de amor

La familia de Nazaret, modelo de toda familia



«Dios misericordioso, habiendo determinado llevar a cabo la obra de la redención humana, que de antiguo los siglos habían aguardado, de tal manera dispuso el plan y el orden de esta obra que sus mismos comienzos mostrasen al mundo el augusto ejemplar de la familia por Él constituída, en la cual todos los hombres viesan el ideal absoluto de la sociedad doméstica y de toda virtud y santidad. Tal es ciertamente la familia de Nazareth». (León XIII: *Neminem fugit*)

El carácter indisoluble del matrimonio



«Es cosa clara que el matrimonio aún en estado de naturaleza pura y sin ningún género de duda ya mucho antes de ser elevado a la dignidad de sacramento propiamente dicho, fue instituido por Dios, de tal manera que lleva consigo un lazo perpetuo e indisoluble, y es, por lo tanto, imposible que lo desate ninguna ley civil». (Pío XI: *Casti connubii*)

La dignidad del matrimonio como sacramento



«¿No habéis considerado nunca, queridos esposos, cómo entre los diversos estados sólo hay dos de ellas para las cuales ha instituido Nuestro Señor un sacramento? Son el sacerdocio y el matrimonio. (...) Dos paternidades que entre el pueblo cristiano crean y sellan con el sacerdocio y con el matrimonio los padres del espíritu y de la vida sobrenatural, y los padres de la carne y de la vida natural, con dos sacramentos instituidos por Cristo para su Iglesia, con el fin de asegurar y perpetuar en los siglos la generación y la regeneración de los hijos de Dios». (Pío XII, *Discurso a los recién casados*, 1941)

El matrimonio refleja la comunión entre Dios y los hombres



«La verdadera naturaleza y nobleza del amor conyugal se revelan cuándo éste es considerado en su fuente suprema, Dios, que es Amor, el Padre de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra. El matrimonio no es, por tanto, efecto de la casualidad o producto de la evolución de fuerzas naturales inconscientes; es una sabia institución del Creador para realizar en la humanidad su designio de amor». (Pablo VI: *Humanae vitae*)

El amor matrimonial es imagen del amor de Dios



«La palabra central de la Revelación “Dios ama a su pueblo” es pronunciada a través de las palabras vivas y concretas con que el hombre y la mujer se declaran su amor conyugal. Su vínculo de amor convierte en imagen y símbolo de la Alianza que une a Dios con su pueblo. (...) La infidelidad de Israel no destruye la fidelidad eterna del Señor; por tanto el amor siempre fiel de Dios se pone como ejemplo de las relaciones de amor fiel que deben existir entre los esposos». (san Juan Pablo II: *Familiaris consortio*)

«El matrimonio basado en un amor exclusivo y definitivo se convierte en el icono de la relación de Dios con su pueblo y, viceversa, el modo de amar de Dios se convierte en la medida del amor humano. (san Juan Pablo II: discurso al Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia, 11 de mayo de 2006)

El matrimonio tiene su icono en la relación de Dios con los hombres



Mientras la Iglesia compara la familia humana con la vida de la Santísima Trinidad –primera unidad de vida en la pluralidad de las personas– y no se cansa de enseñar que la familia tiene su fundamento en el matrimonio y en el plan de Dios, la conciencia generalizada en el mundo secularizado vive en la incertidumbre más profunda a ese respecto, especialmente desde que las sociedades occidentales legalizaron el divorcio». (Benedicto XVI: discurso, 25 de septiembre de 2009)

Grandeza de la vocación al matrimonio



«El sacramento del matrimonio no es una convención social, un rito vacío o el mero signo externo de un compromiso. El sacramento es un don para la santificación y la salvación de los esposos, porque «su recíproca pertenencia es representación real, mediante el signo sacramental, de la misma relación de Cristo con la Iglesia. Los esposos son por tanto el recuerdo permanente para la Iglesia de lo que acaeció en la cruz; son el uno para el otro y para los hijos, testigos de la salvación, de la que el sacramento les hace partícipes». El matrimonio es una vocación, en cuanto que es una respuesta al llamado específico a vivir el amor conyugal como signo imperfecto del amor entre Cristo y la Iglesia. Por lo tanto, la decisión de casarse y de crear una familia debe ser fruto de un discernimiento vocacional». (Francisco: *Amoris laetitia* 72)

La Sagrada Familia, modelo de toda familia

JOSÉ M^a ALSINA ROCA



En el plano de la creación, Dios se descubre como Dios Padre de los hombres a partir de la experiencia humana de la paternidad y de la filiación. Ser hijo es la condición original del hombre, es la primera experiencia que tiene de sí mismo. Lo que significa reconocerse deudor, necesitado, amado por sus padres. Dios es el origen de toda paternidad, pero el hombre descubre la paternidad original y plena de Dios a través de la paternidad participada de sus padres, original y primera en cuanto a la experiencia humana. El hombre descubre a Dios como Padre cuando ha hecho la experiencia de ser hijo de sus padres. Pero el hombre está destinado a descubrir no sólo el amor paternal de Dios, sino también su amor sponsal, a través de la contemplación del amor recíproco de sus padres o de la propia experiencia del amor entre los esposos. Esto es lo que hace exclamar a san Pablo:

«¡El matrimonio es un misterio grande!». Imagen y realización del amor de Dios por la humanidad y de Cristo por su Iglesia.

A la luz de la economía redentora se hace más patente la realidad, importancia y universalidad de la familia. Dios se ha hecho hombre naciendo en una familia, la familia de Nazaret. Allí se inicia la redención del hombre. El Hijo de Dios vive entre los hombres como el «Hijo del Hombre», para que todo hombre descubra que es hijo de Dios. En la primera y originaria Iglesia doméstica, Jesús, que es el Hijo del Hombre, el hijo virginal de María y de José, vive sometido a la autoridad paterna de este último durante treinta años para que los hombres también descubran la importancia de su propia realidad familiar. Los hombres son hijos de los hombres, padres de sus hijos, redimidos por voluntad de Dios Padre, por la encarnación de su Hijo Jesucristo y llamados a ser, por el Espíritu Santo, verdaderamente hijos de Dios.

La Iglesia –como ha señalado Francisco Canals– no es otra cosa que familia de Dios. Dios dispuso la economía de la salvación de los hombres de tal manera que instituyó una familia, aquella que presidía José, con autoridad paterna sobre el Hijo de Dios encarnado y su Madre Virgen; y quiso que en esta familia tomase su origen la Iglesia, ‘la familia universal de los hijos de Dios’. La primera Iglesia es la Iglesia de Nazaret, la familia de Nazaret. En la familia de Nazaret descubrimos la realización divina y humana del modelo de vida familiar.

La concepción cristiana de la familia es la que en nuestros días está siendo ignorada, cuando no negada, por tantas instancias sociales y políticas.

Desde esta perspectiva, es importante conocer las raíces de la actitud de la cultura moderna anticristiana frente a la familia. Un texto de Marx puede ayudarnos a comprenderlo:

Feuerbach arranca del hecho de la autoenajenación religiosa del desdoblamiento del mundo en un mundo religioso, imaginario, y otro real: su cometido consiste en disolver el mundo religioso. No ve que, después de realizada esta labor, falta hacer lo principal. En efecto, el hecho de que la base secular se desplace por sí misma y se plasme en las nubes como reino independiente, sólo puede explicarse por el propio desgarramiento y la contradicción de esta base secular consigo misma. Por tanto, lo primero que hay que hacer es comprender ésta en su contradicción, luego revolucionarla prácticamente eliminando la contradicción, y consiguientemente, después de descubrir v. gr. en la familia terrenal el secreto de la Sagrada Familia, hay que criticar teóricamente ésta, y revolucionar prácticamente aquélla (IV tesis sobre Feuerbach).

En este texto, Marx proclama la primacía de la praxis revolucionaria como respuesta a la crítica insuficiente, según él, que hace Feuerbach de la religión. Según este autor, lo único absoluto es el hombre, cualquier afirmación de trascendencia referida a otro objeto es fruto de la autoenajenación que niega el valor absoluto del hombre y lo atribuye a Dios. Pero, para Marx, como hemos dicho antes, esta crítica es insuficiente, por lo que habría que buscar la razón de este desplazamiento. Su fundamento se encuentra en la misma realidad del obrar humano. Sólo revolucionando este obrar podremos terminar esa autoenajenación. No es suficiente mostrar la falsedad de las creencias y prácticas religiosas, hay que encontrar sus bases sociales. Marx nos pone un ejemplo: la creencia en la Sagrada Familia será eficazmente desarraigada cuando se logre revolucionar la familia humana, fuente raíz de aquella creencia y culto.

Me he detenido en el comentario de este texto porque puede hacernos comprender lo que ha ocurrido en nuestra cultura, especialmente en los ámbitos académicos y políticos, pero con consecuencias que han penetrado en toda la sociedad. La crítica a que ha estado sometida la institución familiar, acusada de burguesa y opresiva para la libertad humana, a la que hemos hecho mención anteriormente, no es meramente una crítica a una institución que se considera pilar fundamental de un tipo de sociedad y de vida. Es, sobre todo, una acción dirigida a socavar el fundamento religioso de la vida de los hombres y de las sociedades. En la institución familiar se reconocen los planes de Dios sobre la humanidad y, además, en la vida familiar está ordinariamente el origen de la fe religiosa.

Con lo que acabamos de decir no agotamos la riqueza de las sugerencias del texto de Marx, leído desde la óptica cristiana. Se afirma en el texto que el secreto de la Sagrada Familia reside en la familia terrenal. Por esto, para criticar a la primera hay que revolucionar prácticamente a la segunda. No es suficiente reconocer en el acoso práctico a que está sometida la familia un propósito dirigido directamente contra la fe religiosa, sino que, además, tendríamos que pensar que nos da la clave de la regeneración familiar. Volviendo el argumento al revés podemos decir que, si queremos prácticamente fortalecer a la familia, hay que dirigir su mirada hacia la Sagrada Familia. Allí las familias encontrarán el modelo, el camino, la fuerza para realizar lo que son sus anhelos más profundos, aunque no siempre confesados. Los padres cristianos encontrarán en san José el modelo de la paternidad, su realización más perfecta en este ejercicio callado, austero, cotidiano, en esta dedicación a un ministerio sagrado: el cuidado de la familia. Los padres descubren a la luz de este modelo que sus hijos son hijos de Dios, que no son su posesión exclusiva, que educar a los hijos es entrar en la sintonía de los planes de Dios. Del mismo modo, las madres encuentran el modelo de su maternidad en la que ,es Madre de Dios, comprenden que de modo

No es suficiente reconocer en el acoso práctico a que está sometida la familia un propósito dirigido directamente contra la fe religiosa, sino que, además, tendríamos que pensar que nos da la clave de la regeneración familiar.

semejante a como Dios confió su Hijo a una mujer, que iba a ser Madre de Dios, Dios continúa confiando a cada uno de sus hijos a las madres, porque en su corazón se encierra todo aquello que, puesto por Dios, necesita el hombre para vivir: la capacidad de amor, de sacrificio, de desinterés, de paciencia. Contemplándolo-

la, encontrarán la fuerza para seguir fieles a los planes de Dios sobre la maternidad humana. De este modo, la familia cristiana se convierte en escuela de vida cristiana. Esta es su fuerza y su responsabilidad, llegar a ser en el mundo testimonio del amor de Dios. ¿Cómo podrá creer en Dios Padre quien no tenga experien-

Este propósito desintegrador de la familia es manifestación del misterio de iniquidad, el rechazo de los planes de Dios, de rebeldía satánica contra la voluntad amorosa y redentora de Dios.

cia de ningún tipo de lo que es la paternidad en su vida? ¿Qué dificultades tendrá para dirigirse a Dios Padre? ¿Cómo se entenderán las expresiones veterotestamentarias sobre las entrañas maternas de Dios para significar su amor por los hombres, si las entrañas maternas se convierten en lugar de extremo peligro y de muerte? ¿Cómo se va a comprender la fidelidad de Dios si se desconocen las expresiones humanas de esta fidelidad?

La situación actual de la familia, por un lado, es la expresión de la derrota y el fracaso del hombre que ha despreciado el don de Dios. El ideal familiar es exigente, así lo reconocieron los apóstoles. Pero Dios acude en ayuda de la familia con el sacramento del matrimonio. La misma realidad natural es ahora fuente de gracia por don gratuito de Dios. Y aquello que

era imposible para el hombre, es posible para Dios. «En Dios todo lo puedo», dirá san Pablo. Pero el hombre no acepta el don de Dios y no quiere reconocer su fracaso, su impotencia y debilidad para alcanzar lo que más desea, su felicidad familiar. Afecta desconocer lo que es la familia, finge depreciar la institución familiar. Pero este fracaso no confesado, fruto del orgullo, es raíz de mayores males y odios que le arrastran incluso a enfrentarse con el mismo Dios. Por ello, podemos preguntarnos: ¿cómo es posible esta sistemática agresión a la institución familiar, cuando el mundo se reconoce necesitado de ella? ¿Cómo es posible que la

sociedad procure su propio mal? A la luz de la fe podemos entender este misterio. Este propósito desintegrador de la familia es manifestación del misterio de iniquidad, el rechazo de los planes de Dios, de rebeldía satánica contra la voluntad amorosa y redentora de Dios, realizada por su Hijo nacido de mujer, que vivió la mayor parte de su vida en el seno de una familia, en la familia de Nazaret.

Ante un mundo sin modelos, sin referencias, sin esperanza, hay que pedir a Dios que el hombre de hoy, cansado, agotado, abatido, alce los ojos al Cielo y contemple a la familia de Nazaret, fuente de vida y salvación, fundamento de toda esperanza, modelo para toda familia humana, para que esté atento a la llamada del Esposo que le invita a sentarse en la mesa del banquete nupcial de la eternidad.

«Los padres son para los hijos los primeros representantes del amor de Dios»

No es difícil ver la estrecha vinculación que se da entre secularización y crisis de familia. Esta relación es muy clara y palpable. Por el Magisterio sabemos que la familia es una Iglesia doméstica (LG 11, FC 21). Más aún, todos hemos experimentado claramente que nuestros padres son los primeros representantes del amor de Dios y que, por tanto, podemos fiarnos de que Dios existe (...) El conocimiento último de Dios exige experimentar la «familiaridad» con Él.

Cardenal Gerhard-Ludwig MÜLLER, *La esperanza de la familia* (BAC 2014).

El ataque a la familia, un rechazo al plan de Dios

FERNANDO PUEYO TOQUERO

EN los últimos tiempos se ha podido constatar un aumento en número e intensidad de los ataques hacia la concepción cristiana de la familia. Ya Juan Pablo II en el 2004 denunciaba la situación hablando del «intento de reducir la familia a una experiencia afectiva privada, socialmente irrelevante; de confundir los derechos individuales con los propios del núcleo familiar constituido sobre el vínculo del matrimonio; de equiparar las convivencias a las uniones matrimoniales; de aceptar, y en algunos casos favorecer, la supresión de vidas humanas inocentes con el aborto voluntario; de alterar los procesos naturales de la procreación de los hijos introduciendo formas artificiales de fecundación, son sólo algunos de los ámbitos en los que es evidente la subversión que tiene lugar en la sociedad».

Orígenes de la ideología de género

LA ideología de género es, en palabras de Benedicto XVI, «La última rebelión de la creatura contra su condición de creatura. Con el ateísmo, el hombre moderno pretendió negar la existencia de una instancia exterior que le dice algo sobre la verdad de sí mismo, sobre lo bueno y sobre lo malo. Con el materialismo, el hombre moderno intentó negar sus propias exigencias y su propia libertad, que nacen de su condición espiritual. Ahora, con la ideología de género el hombre moderno pretende librarse incluso de las exigencias de su propio cuerpo: se considera un ser autónomo que se construye a sí mismo; una pura voluntad que se autocrea y se convierte en un dios para sí mismo.»

Por tanto, se podría definir a la ideología de género como un sistema de pensamiento que defiende que las diferencias entre el hombre y la mujer, a pesar de las obvias diferencias anatómicas, no corresponden a una naturaleza fija, sino que son unas construcciones meramente culturales y convencionales, hechas según los roles y estereotipos que cada sociedad asigna a los sexos. En cuanto a los objetivos que la ideología de género busca implantar en nuestra sociedad están el divorcio, el aborto, la aceptación de todas las desviaciones sexuales (homosexualidad, bisexualidad, transexualidad...), etc. De todas ellas, la primera que se legalizó fue el divorcio. Con ello se buscaba, teóricamente, lograr

una mayor igualdad entre hombres y mujeres, dando a éstas la posibilidad de emanciparse de una relación rota. La realidad es que con la instauración del divorcio como un derecho lo que se hizo fue atacar a uno de los pilares fundamentales de la sociedad (la familia) así como destruir una de las manifestaciones más claras del amor de Cristo por su Iglesia.

El divorcio como punto de partida

EN la sociedad occidental actual el matrimonio ha perdido ese carácter indisoluble. Es más, el hecho de que el divorcio sea contemplado legalmente implica que todo matrimonio tenga un carácter temporal, esto es, hasta que uno de los dos cónyuges decida ponerle fin. Por lo tanto, impide contraer un matrimonio que a efectos civiles sea considerado indisoluble.

Sin embargo a pesar de que legalmente el matrimonio es contemplado cada vez más como un mero contrato de conveniencia, la gente todavía tiene un cierto sentido del matrimonio como una institución natural en la que los seres humanos se insertan, pero que ellos no crean; una institución del amor conyugal que, por su propia naturaleza, dura hasta la muerte de uno de sus cónyuges. Podría decirse, por tanto, que la legalización del divorcio, a pesar de que responde a una demanda de la sociedad moderna, no se corresponde con el deseo íntimo de amor incondicional que subyace en el alma de cada ser humano.

El sociólogo polaco Zygmunt Bauman afirma que «el mero hecho de que exista la legislación sobre el divorcio en la sociedad secular es un testigo del hecho de que la autoridad del Estado –que para mucha gente se considera una autoridad hoy– no presupone que el matrimonio va a durar para siempre, sino que se trata de un arreglo temporal. La presunción de la temporalidad de las relaciones tiende a convertirse en una profecía autocumplida. Si las personas asumen que sus compromisos son temporales y hasta nuevo aviso, entonces esos compromisos tienden a serlo de hecho, como consecuencia de las acciones de las propias personas.»

Otro claro ejemplo de esta actitud en nuestros días son los matrimonios en los que previamente se firman unos acuerdos en caso de divorcio, los llamados «acuerdos prematrimoniales». ¿Cómo po-

dría no llegar a un final prematuro si éste ya ha sido pensado y preestablecido de antemano?

Respecto al carácter de la indisolubilidad del matrimonio es necesario también recordar los argumentos que da santo Tomás. El primero y más importante se relaciona con los hijos. En el mundo animal, los progenitores permanecen unidos solamente el tiempo necesario para asegurar la supervivencia de las crías. Incluso en algunas especies la unión se reduce únicamente al momento de la fecundación. En los seres humanos, la educación de los hijos tiene un carácter prolongado ya que comienza desde los primeros meses en los que el bebé no es capaz de valerse por sí mismo hasta el final de la vida de los progenitores. Además, puede decirse que cada niño tiene necesidad de un doble alumbramiento, físico y espiritual, que sólo podrá fructificar si el niño crece en el seno de una familia en la que es querido y cuidado. El amor que un niño percibe debe ser fruto del amor conyugal que se profesan los esposos. Y los padres cuando cuidan y educan no están meramente cumpliendo su deber sino que están realizando aquella inclinación más profundamente arraigada en su naturaleza: manifestar en conjunto el amor hacia el que engendraron. Por tanto, para que un niño crezca y se desarrolle plenamente necesita tener la seguridad de que el amor que se profesan sus padres va a durar durante toda su vida, algo contra lo que atenta el divorcio.

Un rechazo al plan de Dios sobre los hombres

SEGÚN el orden natural la familia es la unión indisoluble entre un hombre y una mujer con la doble finalidad mencionada en los relatos del Génesis: procreadora (creced y multiplicaos) y unitiva (no es bueno que el hombre esté solo). Esta realidad natural es la que el mundo pone en cuestión, y precisamente en aquella civilización —la nuestra— que gracias a la fe ha podido descubrir la plenitud y la grandeza de este orden natural. El rechazo a este orden no es fruto sólo de la debilidad humana sino que también lo es por el rechazo del hombre al plan que Dios tiene para él. El hombre parece no aceptar otro orden que el salido de su propia voluntad, ya que someterse al orden natural sería considerado como una alienación.

Los planes de Dios con respecto a la humanidad, manifestados en este orden natural, se han visto desfigurados, dañados, por culpa del pecado original. Las consecuencias del pecado original no destruyen la naturaleza humana sino que la dañan o debilitan. Por ello, a pesar de todos los ataques y desórdenes a lo largo de la historia, en la institución familiar sigue encontrándose aquellos aspectos menos dañados por el pecado.

Dios, en el principio de los tiempos, constituye a la familia como el ámbito más natural e íntimo de la vida humana. A ella encomienda el cuidado del hombre, hecho a su imagen y semejanza y traído al



Esponsales de un caballero
Relieve de la Puerta de las Bodas,
de la iglesia de la Sta. Cruz en Rottweil (s. XIV)

mundo por la fecundidad del amor de los esposos. Al igual que Yahvé revela el amor a su pueblo mediante imágenes del amor familiar, es la misma familia la que se convierte en el camino más fácil para descubrir el amor divino. La fidelidad de los esposos es imagen de la fidelidad de Dios a su pueblo. Pero mientras que los padres pueden dejar de amar a sus hijos y los hombres dejar de ser fieles a sus esposas, Dios nunca abandonará a sus hijos y será siempre fiel a su esposa, la Iglesia.

Este amor esponsal de Cristo por su Iglesia, de Dios por su Pueblo, es el modelo y la fuente de amor entre los esposos. Como dice san Pablo en Ef 5, 25: «Maridos, amad a vuestra mujer como Cristo amó a su Iglesia» y más adelante «por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán los dos una misma carne. Esto lo refiero a Cristo y a la Iglesia»

Con estas palabras san Pablo expresa, en primer lugar, la fuente del amor esponsal. Aquella unión que al hombre le parece imposible realizar por su debi-

lidad y su pecado se pone a su alcance mediante la gracia del sacramento. De la misma manera que el amor de Dios es exclusivo y fiel, el hombre está llamado a una vida matrimonial caracterizada por la exclusividad y la fidelidad. El matrimonio monógamo e indisoluble fundado en la naturaleza humana recibe el sello sacramental y debe manifestar la fidelidad de Dios a su Pueblo y de Cristo a su Iglesia. Desde esta perspectiva se entiende la importancia del matrimonio indisoluble y la controversia que se ha generado debido a las polémicas eclesíásticas recientes. No se trata, pues, solamente de un problema moral, sino que ese problema moral hay que verlo ligado a los principios teológicos nucleares de la fe cristiana.

Como dice el filósofo Pérez Soba «La indisolubilidad no viene como un mandato divino añadido al matrimonio, sino que es una cualidad de la unión personal que se establece; el bien de la indisolubilidad es el bien del matrimonio mismo; y la incompreensión de su índole indisoluble es la incompreensión del matrimonio en su esencia.»

No hay misericordia sin verdad

El amor del Corazón de Jesús es, pues, un amor que los cristianos pueden imitar en su vida matrimonial y familiar. El verdadero amor, como el de Jesús, empieza por obedecer el plan de Dios, y está dispuesto a aceptar sufrimientos y sacrificios por el bien de la persona amada. ¡Qué cobardes somos cuando, queriendo ser «misericordiosos» con las familias cristianas, no les presentamos todas las exigencias de la Ley de Dios!

Recuerdo un texto de moral médica para los hospitales católicos de Canadá, que, después de exponer los textos del Concilio condenando el aborto, la esterilización y la contracepción, añadía: «Pero si esto, según el parecer del médico, va contra el bien de la persona, el sacerdote debe ser misericordioso (!)».

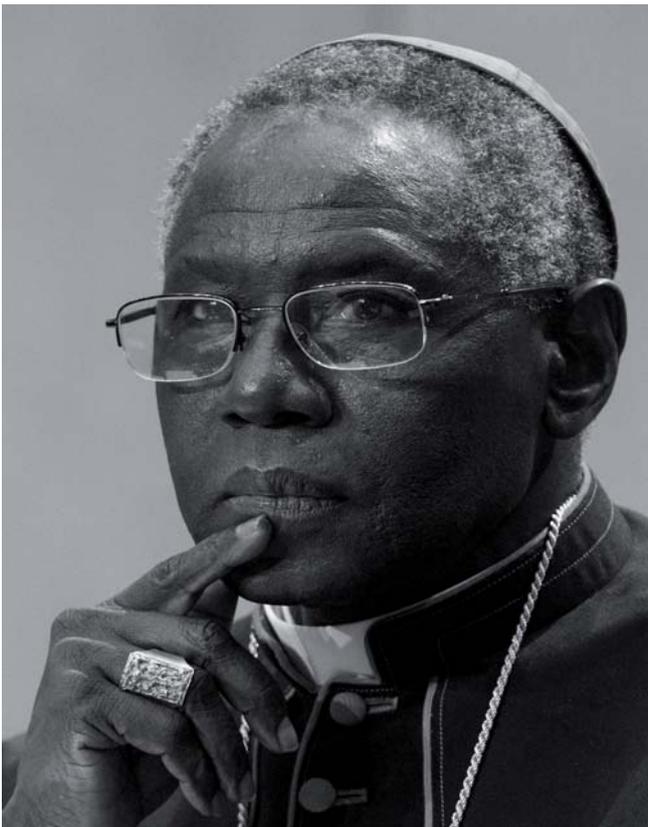
¡Como si las leyes de Dios no fuesen siempre misericordiosas, como si Dios pidiese imposibles, como si nosotros, permitiendo lo que Dios llama malo, no hiciéramos un mal servicio a lo que llamamos «amar con misericordia»!

Cardenal Edouard GAGNON, presidente del Pontificio Consejo para la Familia.
VI Encuentro Internacional Sacerdotal de Fátima (1994)

La familia frente a la ideología de género

CARDENAL ROBERT SARAH

Reproducimos a continuación algunos fragmentos de la conferencia pronunciada por el cardenal Robert Sarah, prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, que tuvo lugar en Ávila el pasado 23 de mayo. La conferencia llevaba por título «Teoría de género: sus repercusiones», y fue organizada por la Universidad Católica de Ávila (UCAV) a través del Instituto Berit de la Familia y la Cátedra «Santa Teresa de Jesús».



Cardenal Robert Sarah

Las familias cristianas sufren ataques diarios en todo el mundo

EL cardenal Carlo Caffarra, arzobispo emérito de Bolonia, y primer presidente del *Instituto de Estudios Juan Pablo II sobre el matrimonio y la familia*, declaró en una entrevista que data del 16 de febrero de 2008: «Cuando fui nombrado por el Santo Padre primer presidente del Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia, recibí una carta de sor Lucía de Fátima, que se puede encontrar en los archivos del Instituto. Textualmente ella me dijo: “La batalla final entre Dios y el reino de Satanás cubrirá el matrimonio y

la familia”. Sin embargo, agregó, “No temas, porque todos aquellos que actúan a favor de la santidad del matrimonio y la familia encontrarán oposición, vamos a luchar con todos los medios posibles, porque este tema es crucial. Sin embargo, la Virgen ya ha aplastado la cabeza de Satanás”».

Por su parte, después de su viaje apostólico a Fátima, el papa Benedicto XVI, en una entrevista de fecha 11 de mayo de 2010, no dudó en afirmar que «Siempre supimos, aunque hoy en día esto se manifiesta ante nuestros ojos de una manera aterradora que la mayor persecución contra la Iglesia no viene de enemigos de fuera, sino de los pecados que se cometen en la Iglesia, por ello necesita con urgencia realizar penitencia para purificarse. Obviamente estos pecados se cometen dentro de la Iglesia y son: el silencio, el compromiso o la aceptación y por tanto la desidia de aquellos que no luchan contra estas teorías de género».

Las familias cristianas sufren ataques diarios en todo el mundo. Como veremos más adelante, la ideología de género se apoya, promueve y practica por la Organización Mundial de la Salud, que depende de las Naciones Unidas (ONU), y por numerosas instituciones educativas y sanitarias que tienen su sede en los estados occidentales (Norteamérica, Europa occidental y Australia y Nueva Zelanda). Cualquier país que se niega a adherirse a esta ideología se suele ver sancionado. Por ejemplo, los estados pobres y débiles que son penalizados en la recepción de ayudas al desarrollo. Estos son condicionados a la aceptación por su parte de la ideología de género. La verdadera colonización afecta a todo el continente africano, en particular el África subsahariana, y también a Asia y América Latina.

Francisco, durante su viaje apostólico a Manila, no dudó en denunciar con gran vigor «la colonización ideológica contra la familia», que trata de destruirla mediante la introducción y difusión en las sociedades y culturas de los países en desarrollo de las mismas concepciones antinaturales que se extien-

den en Occidente. En el número 56 de la exhortación post-sinodal *Amoris laetitia*, el Papa criticó fuertemente la ideología mortal de género «que niega la diferencia y la reciprocidad entre un hombre y una mujer naturales».

Motivos espirituales de una batalla

ESTA teoría aberrante y delirante de género, que se presenta –y esto es una vergüenza– como «científica», tiene sus raíces en un humus que puede ser descrito como particularmente turbio, y de la que no voy a dudar en decir que veo la «propia mano del diablo». ¿Cuál es la base de esta ideología y cómo podemos luchar contra ella? Sabemos por la Santa Biblia que Satanás es homicida desde el principio.¹ ¿Pero a quién quiere matar el diablo? ¿Por qué decimos que es homicida? ¿A quién quiere matar el diablo con un tesón y un empeño que solamente terminará con la batalla final contemplada por el Apocalipsis?² Satanás quiere destruir a Dios en nosotros, es decir, la persona humana creada a imagen de Dios. Quiere hacernos individuos, «zombis», sin alma, dotados de un cuerpo que se ha convertido en una especie de maquinaria objeto de la manipulación genética y del transhumanismo. Sí, eso es lo que quiere el adversario: quiere someternos a él, el príncipe de este mundo, para manejarnos mejor, para romper el «cordón umbilical» que nos conecta con Dios, eso en un primer momento, y luego, en una segunda fase, quiere manipularnos con la ilusión –como si tuviésemos una fascinación infundada– para decirnos que sólo somos un grupo de células destinado a sobrevivir gracias a una tecnología cada vez más sofisticada³, y así liberarnos de nuestra condición humana para hacer de nosotros nuestros propios dioses.

La ideología de género. El último avatar de la pseudo liberación del hombre

LA pseudo-liberación del hombre se inscribe en la historia de los tres últimos siglos. Y en este sentido la ideología de género es el último avatar lamentable. Me explico: Se ha producido la liberación de Dios Padre. Se produjo ya hace bas-

tante tiempo cuando las democracias occidentales se formaron en un contexto deísta. Los grandes pensadores del racionalismo desde Voltaire a Diderot pasando por D'Alambert dieron lugar a la famosa Revolución francesa, que la corriente laica presentó como la síntesis de la liberación del hombre con respecto al Dios de los cristianos y con respecto también por tanto, a la Iglesia y a su magisterio, que fueron calificados todos de opresivos. Por tanto, para los racionalistas Dios es el arquitecto supremo del mundo que se desinteresa totalmente de sus criaturas. El deísmo de los enciclopedistas ha matado la paternidad de Dios. Rousseau dijo que la paternidad era un privilegio social. Es lo que yo llamo cortar el cordón umbilical y esta etapa decisiva va a dar lugar a otras etapas que paulatinamente van a convertir a la persona en un individuo y a continuación en un «zombi». De hecho, si Dios ya no es el Padre, el

¿A quién quiere matar el diablo con un tesón y un empeño que solamente terminará con la batalla final contemplada por el Apocalipsis? Satanás quiere matar a Dios en nosotros, es decir, la persona humana creada a imagen de Dios. Quiere hacernos individuos, «zombis», sin alma.

ciudadano deja de ser el hijo y por tanto ya no es una persona que recibe todo de su padre.

Se convierte a sí mismo en un individuo abandonado a la organización del mundo y a su propio destino porque ya no recibe su identidad de aquel a cuya imagen y semejanza ha sido creado, ahora la persona tiene que construir su identidad basándose en su única razón.

La historia nos muestra que el deísmo a desencadenado un proceso que ha conducido a la civilización occidental, es decir judeocristiana, a un proceso que va de la muerte de Dios en el siglo XIX a la muerte del propio hombre en el siglo XX para finalmente llegar a un hundimiento sin precedentes de la institución familiar, vector de la persona humana, en la segunda mitad del siglo XX. Friedrich Nietzsche, con su teoría del superhombre, se presenta como el remedio para la desesperación causada por la muerte de Dios.⁴ Y también Sigmund Freud con su nueva antropología basada en los impulsos primarios, como motivación exclusiva de la acción humana, o como Jean-Paul Sartre⁵ y su nihilismo libertario,

1. Ap 12

2. Gn 1, 27

3. Con la manipulación del genoma humano

4. Las feministas reanudan la teoría del superhombre para justificar su propia teoría del «poder masculino» que debe arrancar de las manos de los hombres.

5. Su compañera, Simone de Beauvoir dijo aquella

que aparentemente era algo genial. Éstos tres pensadores han terminado de inocular en la conciencia colectiva y por tanto también en la individual, la idea de que la «liberación» del individuo pasa por el asesinato del padre, y han llevado a término su malvado plan a través de los famosos eventos de mayo de 1968, un movimiento libertario cuyas ideas se han propagado más allá del Telón de Acero, a partir la caída del Muro de Berlín en 1989⁶.

A continuación del asesinato del padre pasamos al asesinato de la madre con el feminismo radical que enfrenta los derechos de la mujer, su libertad y su igualdad por una parte con la identidad femenina que

Si la familia está en peligro la sociedad y la fe también lo están. De hecho los obispos y los sacerdotes están llamado a defender la santidad del matrimonio y la familia. Si no cumplen con su misión, el futuro de la humanidad corre peligro.

se encuentra en el marco de la complementariedad de los sexos y por lo tanto con la maternidad. Margaret Sanger (1879-1966) fundadora de la «Planificación familiar internacional» y figura prominente del feminismo occidental, de hecho quería el acceso libre y gratuito de los anticonceptivos para liberar así a la mujer a la esclavitud de la reproducción. De esta manera hemos axfisiado el sentido de la maternidad y de la femineidad en el seno de la cultura occidental porque sabemos perfectamente que entre la contracepción y el aborto legalizado y pagado con fondos públicos no había más que un sólo paso y este paso los legisladores se apresuraron a franquearlo. A finales del siglo xx el padre, la madre, el esposo, el hijo, la hija... todos había perdido su estatus que se les debía en una sociedad digna de tal nombre. La «familia» ha sido sacudido hasta sus cimientos.

El derrumbe de las sociedades occidentales

A principios del siglo XXI, las sociedades occidentales se han convertido en desiertos espirituales y demográficos: basta con caminar por una calle de Londres, París, Berlín, Madrid o Roma para que se den cuenta de lo que estoy diciendo: pocos niños, y pocos cochecitos, las familias

sentencia que se ha convertido en proverbial en los círculos feministas, «No se nace mujer, se llega a serlo».

6. Cf. Marguerite A. PEETERS, *La vocation filiale de la femme...* p. 4.

reducidas a su mínima expresión: un hombre y una mujer que a menudo son «compañeros» que cohabitan por un tiempo limitado con uno o incluso dos niños, siempre y cuando no son reemplazados por los animales domésticos. Tenemos también a las parejas homosexuales que están simplemente enredadas y que cada vez expresan más su diferencia y después nos encontramos con la presencia masiva de población extranjera, que, en Europa occidental, sumerge a los pueblos nativos paralizados, que procede de otros continentes, los continentes del hambre y de la opresión política, con culturas y religiones diferentes... Es en definitiva, un laicismo, un relativismo, y una indiferencia alimentados por aquel famoso dístico del Imperio romano en su máximo apogeo y, al mismo tiempo abocado a la depravación de un declive inevitable «*panem et circenses*» o, si se prefiere, utilizando un vocabulario de nuestra era «de bienes de consumo y de ocio» llevado a su máximo exponente en lugar de esfuerzo y trabajo. Estos ciu-

dadanos-individuos, por lo tanto, «individualistas» que están condenados a la soledad, o al suicidio, a veces «asistido» (y legalizado), no se diferencian radicalmente, son sólo los consumidores que los sitios web utilizan como su mercado a partir de evaluaciones estadísticas de sus deseos. Acabamos de dibujar la imagen de la sociedad occidental del vacío, que es también la sociedad depresiva y adolescente. El caldo de cultivo está listo para la revolución final que corresponde al combate definitivo, que menciona el Apocalipsis, que es la revolución del género que convierte al individuo en un zombie.

Es el nihilismo total, radical, absoluto, que es el preludio de la muerte de la humanidad. Es la hora del combate entre estas tinieblas donde naufraga una humanidad que esta enfrentada a los demonios del nihilismo libertario. Es el combate entre la tiniebla y la luz que solamente la Iglesia puede llevar como si fuera una antorcha, que se parece en muchas ocasiones a esa pequeña llama de la esperanza que cantaba Ch. Péguy hace ya un siglo, y que ninguna borrasca podrá apagar. Porque nuestra fe en Cristo que es el fundamento de nuestra esperanza, es decir, el hombre nuevo, Dios hecho hombre, es esa antorcha que ilumina nuestra vidas de hombres y mujeres creados a imagen y semejanza de Dios.

La Iglesia es el último y único refugio que existe contra la nueva barbarie de «género», este ataque, ante el cual la amenaza de los hunos de Atila en el siglo v, resultó insignificante. Ciertamente, estos bárbaros, que en el ocaso del Imperio ya se habían convertido en cristianos, fueron detenidos a las puertas

de Roma gracias a la persuasión del papa san León I acabando allí con su acción maléfica. ¿Harán los mismo nuestros doctores «Fausto» contemporáneos? Aceptarán romper su pacto diabólico con el adversario que es el que les dice como a nuestros primeros padres: «Vais a ser como dioses». Sí, hoy la Iglesia es el último y único refugio contra la nueva barbarie. Pero si tenemos en cuenta las costumbres paganas en este mundo moderno, la palabra de la Iglesia debe ser clara, tajante, sin ambigüedades y lo suficientemente clara para arrebatarse a los creyentes de aquello que les aleja de la alianza de Cristo y sus enseñanzas.

Hemos de resistir «cueste lo que cueste»

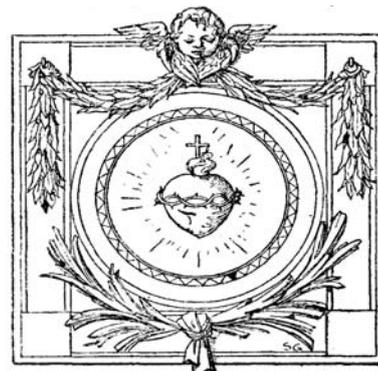
LA ideología de género hunde sus raíces en el relativismo según el cual todo es posible. Juan Pablo II y Benedicto XVI han señalado que nuestras sociedades se orientan hacia una dictadura del relativismo que solamente reconoce el propio ego y sus propios deseos. Esta ideología ha penetrado en todas las capas de la sociedad y se inmiscuye en la Iglesia desde fuera y también desde el interior

(...) Hay grupos de presión, *lobbies* que quieren imponer la ideología de género y el relativismo moral. Y si la familia está en peligro la sociedad y la fe también lo están. De hecho los obispos y los sacerdotes están llamados a defender la santidad del matrimonio y la familia. Si no cumplen con su misión, el futuro de la humanidad corre grave peligro porque la fe siempre está amenazada por dos frentes; amenazada por la voluntad de modificar esa doctrina inmutable o porque se da un mal ejemplo. Actualmente somos testigos del combate que se está librando, frontal y violento, entre el Espíritu del mundo y el Espíritu Santo. En los orígenes de la Iglesia, en Roma, sabemos por san Pablo (Ep. a los Rom. cap.1) que el contexto cultural era bastante similar al que estamos viviendo actualmente: banalización del adulterio, la poligamia, la homosexualidad, el aborto. Los cristianos de aquella época no aceptaron ningún compromiso, se mantuvieron fieles al Evangelio. Incluso, aunque su testimonio fuera a contracorriente de la cultura dominante y gracias a su ejemplo, que fue creíble, pudieron convertirse en la levadura dentro de la masa pagana de aquella época según nos decía Jesús. De modo que poco a poco se produjo una conversión de pueblos enteros y de esa manera Europa se volvió cristiana y se produjo el surgimiento de una civilización marcada por la fe cristiana en la cual el matrimonio, especialmente la dignidad de la mujer, la familia, el respecto por los niños desde su concepción se pusieron de relieve. Nuestros antecesores en la fe decidieron por tanto elegir el Espíritu Santo y no el

espíritu del mundo. Costase lo que costase. Incluso hasta sufrir discriminación o burla e incluso martirio. Respecto a los dos últimos sínodos sobre la familia podemos constatar que se celebraron en un contexto similar al de la antigua Roma como ya he mencionado: la unión civil temporal, las parejas de hecho, la anticoncepción, el aborto, la fecundación «*in vitro*», que supone la masacre de fetos considerados indeseables, la legalización del matrimonio homosexual... Y en ellos se ha percibido la tentación de consentir al espíritu del mundo. Todo ha surgido gracias a una excusa teológico-pastoral errónea; la adaptación de las enseñanzas de la Iglesia a las realidades del mundo contemporáneo. O si prefieren que se lo explique con un lenguaje más teológico; la adaptación de la doctrina de la Iglesia a los casos particulares que se corresponden con la pastoral.

Conclusión final

JUAN Pablo II ha dicho en repetidas ocasiones que «el futuro de la humanidad pasa por la familia». Sí, si la batalla final entre Dios y el reino de Satán pasan sobre el matrimonio y la familia, debemos darnos cuenta urgentemente de que ya nos encontramos en el centro de esta batalla espiritual, de la que depende el futuro de nuestras sociedades. Sabemos que la familia se fundamenta sobre un matrimonio monógamo, libre, fiel e indisoluble; es esa célula básica. Nuestras familias cristianas son como esas múltiples celdas de cera de las colmenas, esos alveolos frágiles que siempre tenemos que estar reforzando y protegiendo, que constituyen la colmena donde todos estamos llamados a probar la miel de la verdad. Esa miel que son las palabras salvíficas del Señor Jesús y de su esposa la Santa Iglesia. En este Año jubilar de la Misericordia, que podamos encontrar refugio, como María, la Madre del Redentor y Madre nuestra, en el Corazón de Jesús, en ese Sagrado Corazón traspasado de amor para nosotros y antes de que sea demasiado tarde.



Toda la vida de familia es un «pastoreo misericordioso»

Amor recíproco, fiel y exclusivo de los esposos.

«No caigamos en el pecado de pretender sustituir al Creador»



El matrimonio es en primer lugar una «íntima comunidad conyugal de vida y amor»¹, que constituye un bien para los mismos esposos², y la sexualidad «está ordenada al amor conyugal del hombre y la mujer»³. Por eso, también «los esposos a los que Dios no ha concedido tener hijos pueden llevar una vida conyugal plena de sentido, humana y cristianamente»⁴. No obstante, esta unión está ordenada a la generación «por su propio carácter natural»⁵. El niño que llega «no viene de fuera a añadirse al amor mutuo de los esposos; brota del corazón mismo de ese don recíproco, del que es fruto y cumplimiento»⁶.

(...) Desde el comienzo, el amor rechaza todo impulso de cerrarse en sí mismo, y se abre a una fecundidad que lo prolonga más allá de su propia existencia. Entonces, ningún acto genital de los esposos puede negar este significado⁷, aunque por diversas razones no siempre pueda de hecho engendrar una nueva vida. (*Amoris laetitia*, 80)

En el curso del debate sobre la dignidad y la misión de la familia, los Padres sinodales han hecho notar que los proyectos de equiparación de las uniones entre personas homosexuales con el matrimonio, «no existe ningún fundamento para asimilar o establecer analogías, ni siquiera remotas, entre las uniones homosexuales y el designio de Dios sobre el matrimonio y la familia [...] Es inaceptable que las iglesias locales sufran presiones en esta materia y que los organismos internacionales condicionen la ayuda financiera a los países pobres a la introducción de leyes que instituyan el “matrimonio” entre personas del mismo sexo». (*Amoris laetitia*, 251)

Otro desafío surge de diversas formas de una ideología, genéricamente llamada *gender*, que «niega la diferencia y la reciprocidad natural de hombre y de mujer. Esta presenta una sociedad sin diferencias de sexo, y vacía el fundamento antropológico de la familia»⁸.

Una cosa es comprender la fragilidad humana o la complejidad de la vida, y otra cosa es aceptar ideologías que pretenden partir en dos los aspectos inseparables de la realidad. No caigamos en el pecado de pretender sustituir al Creador. Somos creaturas, no somos omnipotentes. (*Amoris laetitia*, 56)

1. Conc. Ecum. Vat. II, const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 48.

2. Cf. Código de Derecho Canónico, c. 1055 § 1: «Ad bonum coniugum atque ad prolis generationem et educationem ordinatum».

3. *Catecismo de la Iglesia católica*, 2360.

4. *Ibíd.*, 1654.

5. Conc. Ecum. Vat. II, const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 48.

6. *Catecismo de la Iglesia católica*, 2366.

7. Cf. PABLO VI, carta enc. *Humanae vitae* (25 julio 1968), 11-12: AAS 60 (1968), 488-48

8. Relación final 2015, 8.

Los hijos, un «don de Dios»

El hijo «no es un derecho sino un don»⁹, que es «el fruto del acto específico del amor conyugal de sus padres». Porque «según el orden de la creación, el amor conyugal entre un hombre y una mujer y la transmisión de la vida están ordenados recíprocamente (cf. Gn 1, 27-28). De esta manera, el Creador hizo al hombre y a la mujer partícipes de la obra de su creación y, al mismo tiempo, los hizo instrumentos de su amor, confiando a su responsabilidad el futuro de la humanidad a través de la transmisión de la vida humana».¹⁰



Es tan grande el valor de una vida humana, y es tan inalienable el derecho a la vida del niño inocente que crece en el seno de su madre, que de ningún modo se puede plantear como un derecho sobre el propio cuerpo la posibilidad de tomar decisiones con respecto a esa vida, que es un fin en sí misma y que nunca puede ser un objeto de dominio de otro ser humano. La familia protege la vida en todas sus etapas y también en su ocaso. Por eso, «a quienes trabajan en las estructuras sanitarias se les recuerda la obligación moral de la objeción de conciencia. Del mismo modo, la Iglesia no sólo siente la urgencia de afirmar el derecho a la muerte natural, evitando el ensañamiento terapéutico y la eutanasia», sino también «rechaza con firmeza la pena de muerte»¹¹. (*Amoris laetitia*, 89)

Una familia acoge a los abuelos

Las narraciones de los ancianos hacen mucho bien a los niños y jóvenes, ya que los conectan con la historia vivida tanto de la familia como del barrio y del país. Una familia que no respeta y atiende a sus abuelos, que son su memoria viva, es una familia desintegrada; pero una familia que recuerda es una familia con porvenir. Por lo tanto, «en una civilización en la que no hay sitio para los ancianos o se los descarta porque crean problemas, esta sociedad lleva consigo el virus de la muerte»¹², ya que «se arranca de sus propias raíces».¹³ El fenómeno de la orfandad contemporánea, en términos de discontinuidad, desarraigo y caída de las certezas que dan forma a la vida, nos desafía a hacer de nuestras familias un lugar donde los niños puedan arraigarse en el suelo de una historia colectiva. (*Amoris laetitia*, 193)

La familia, «célula vital para transformar el mundo»

Cuando la familia acoge y sale hacia los demás, especialmente hacia los pobres y abandonados, es «símbolo, testimonio y participación de la maternidad de la Iglesia»¹⁴. El amor social, reflejo de la Trinidad, es en realidad lo que unifica el sentido espiritual de la familia y su misión fuera de sí, porque hace presente el *kerygma* con todas sus exigencias comunitarias. La familia vive su espiritualidad propia siendo al mismo tiempo una Iglesia doméstica y una célula vital para transformar el mundo. (*Amoris laetitia*, 324)

9. Relación final 2015, 63.

10. Relación final 2015, 64.

11. Catequesis (4 de marzo de 2015): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 6 de marzo de 2015, p. 12.

12. Discurso en el Encuentro con los Ancianos (28 de septiembre de 2014): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 3 de octubre de 2014, p. 6

13. Cf. JUAN PABLO II, *Exhor. ap. Familiaris consortio* (22 de noviembre de 1981), 49: AAS 74 (1982), 141.

14. Cf. Pontificio Consejo «Justicia y Paz», Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, 248-254.

La familia es la clave: la ciencia lo confirma

JORGE SOLEY CLIMENT

SIENDO la familia y el matrimonio las instituciones nucleares que estructuran la sociedad y que nos proporcionan lo más valioso en nuestras vidas, humanamente hablando e incluso en muchas ocasiones desde una perspectiva sobrenatural, no es de extrañar que su debilitamiento se traduzca en síntomas de anomía social. Una sociedad en la que el matrimonio y la familia están bajo ataque es una sociedad que se está autolesionando, cuando no directamente suicidando. No es que el valor del matrimonio y la familia naturales se justifique por su utilidad social, pero parece obvio que el decaimiento de estas instituciones debe de tener un impacto medible en los estudios de las ciencias sociales. Insisto: no radica aquí la argumentación en favor de la familia y el matrimonio, pero estos datos confirman lo que ya sabíamos y refuerzan el acierto de nuestros juicios.

Por ejemplo, sabemos que la ruptura matrimonial, en sí misma, es siempre un golpe de tremendas consecuencias para los hijos: el «buen divorcio» es un mito sin fundamento real. Es lo que viene a confirmar el estudio realizado por el profesor Paul Amato, de la Penn State University, y su equipo de investigación sobre casi mil familias que han pasado por el divorcio de los padres. La investigación agrupó a las familias en tres grupos: aquellas en las que existe cooperación entre los esposos divorciados y los hijos tienen contacto con los dos padres

(lo que algunos llaman un «buen divorcio»), aquellas en las que la relación entre los padres es conflictiva y los hijos tienen un contacto escaso con el padre o madre con el que no conviven y, por último, aquellas en las que uno de los progenitores, habitualmente el padre, no tienen ningún contacto ni con sus hijos ni con la madre. Analizando doce parámetros, los investigadores esperaban que los niños del primer grupo, aquellos en una situación de «buen divorcio», obtuvieran resultados significativamente mejores que los de los otros dos grupos. Y sin embargo, para su sorpresa, en diez de los parámetros estudiados, que incluyen resultados escolares, autoestima, drogadicción y alcoholismo o edad de inicio de relaciones sexuales, entre otros, no existen diferencias significativas entre los hijos de padres divorciados de los tres grupos analizados, y esto tanto en su infancia como en su adolescencia y madurez. Los únicos dos parámetros en los que se detecta diferencia es en «problemas de comportamiento infantil, según lo indicado por los padres» y «mantenimiento de la relación con los padres en la edad adulta». En definitiva, los hijos de los «buenos divorcios» acaban pareciéndose mucho más a los hijos de los «malos divorcios» que a los hijos que se crían en una familia intacta. El divorcio, con todo su potencial devastador, siempre golpea con fuerza a los hijos; el modo en que se realiza es sólo un matiz que no afecta sustancialmente a sus efectos.

La familia es un bien para la sociedad

La experiencia demuestra que la estabilidad de los matrimonios es una fuente ubérrima de honestidad de vida y de integridad de costumbres, y que, guardado este orden, la felicidad y la salud pública están aseguradas, pues la sociedad es tal cuales son las familias y los hombres de que consta, como el cuerpo de miembros.

Pío XI: *Casti connubii*

Otro análisis proveniente de Estados Unidos (el lugar donde este tipo de cuestiones se analizan con mayor profundidad) se fija en los niños nacidos fuera del matrimonio. En 1970, aproximadamente el 11% de los niños nacidos en Norteamérica lo hacían de padres no casados; en 1990 ya eran un 28% y en 2013 este porcentaje ha ascendido al 41% (si desagregamos por grupos raciales, nos encontramos con los siguientes porcentajes: 72% entre los negros, 54% entre los hispanos y 29% entre los blancos). A diferencia del pasado, la mayoría de estos nacimientos provienen de parejas que cohabitan, lo que significa que, en el momento del nacimiento, están presentes tanto el padre como la madre biológicos, si bien por la propia inestabilidad del tipo de unión la mayoría de estos niños se acaban criando en un hogar en el que falta uno de los dos padres. La literatura científica que señala los efectos negativos de criarse en un hogar en el que falte uno de los dos padres (evidentemente no se juzgan las situaciones concretas, algunas heroicas, en los que una madre o un padre realiza esfuerzos enormes para suplir esa ausencia) es amplia. Entre los rasgos que se verifican en estos estudios están, para los niños que nacen fuera del matrimonio respecto de aquellos que lo hacen en una familia intacta: un menor desarrollo cognitivo, mayor presencia de problemas de hiperactividad, menor autocontrol y peores resultados escolares. Y eso en todos y cada uno de los niveles de ingresos, de modo que el factor económico no tiene incidencia explicativa en este fenómeno.

Los estudios sobre estas cuestiones son abundantísimos y todos confirman lo que ya sabíamos: la crucial importancia del matrimonio y la familia. No se trata aquí de repasarlos todos, pero sí quiero señalar un estudio reciente que realiza un análisis poco habitual. Publicado por la American Cancer Society, la investigación ha analizado el efecto del matrimonio en la probabilidad de sobrevivir a un cáncer. El estudio se realizó en California a partir de 783.167 pacientes de cáncer diagnosticados entre 2000 y 2009 y el resultado fue que los pacientes no casados tenían, en comparación con los que habían contraído matrimonio, una probabilidad de fallecer a resultas de esa enfermedad de entre un 20% y un 27% más alta. Al mismo tiempo se constató que los factores relacionados con la situación económica no eran relevantes para explicar la menor mortalidad. No parece verosímil sostener efectos terapéuticos del matrimonio, pero sí parece razonable que la estabilidad, apoyo mutuo y confianza que aportan el matrimonio son de gran ayuda para superar situaciones tan difíciles como un cáncer.

Ya lo sabíamos, la Iglesia no ha enseñado nunca otra cosa y la historia nos lo confirma. Ahora también la ciencia, con cada vez más evidencias, da la razón a quienes sostenemos que el matrimonio y la familia son fundamentales y que su decaimiento, tantas veces promovido por un Estado que prefiere jugar a la ingeniería social, es fuente de los mayores males.

Funestas consecuencias de la actual concepción de la familia

Los que niegan que el matrimonio sea algo sagrado y, despojándolo de toda santidad, lo arrojan al montón de las cosas humanas, éstos pervierten los fundamentos de la naturaleza, se oponen a los designios de la divina Providencia y destruyen en lo posible lo instituido. Por ello nada tiene de extrañar que de tales insensatos e impíos principios resulte una tal cosecha de males, que nada pueda ser peor para la salvación de las almas y el bienestar de la república.

LEÓN XIII: *Arcanum divinae sapientiae*

Ley de Identidad y expresión de género

JOSÉ J. ESCANDELL

EL nº 51 (21 de marzo) del Boletín Oficial de la Asamblea de Madrid publicó la Ley de Identidad y Expresión de Género e Igualdad Social y no Discriminación de la Comunidad de Madrid. Fue aprobada el 17 de marzo, con los votos favorables de PSOE, Podemos y Ciudadanos y la abstención de los diputados del Partido Popular. José J. Escandell presentó en la web <http://www.infofamiliarlibre.com/> algunos comentarios muy valiosos sobre la ley a modo de ensayo. Reproducimos unos extractos.

La soberanía del hombre

EN el largo preámbulo de esa ley se dice: «En la persona imperan las características psicológicas que configuran su forma de ser y se ha de otorgar soberanía a la voluntad humana sobre cualquier otra consideración física. La libre determinación del género de cada persona ha de ser afirmada como un derecho al libre desarrollo de la personalidad».

Aunque la «soberanía» que se otorga a la voluntad se refiere directamente, según el contexto de esas frases, a la de la «determinación del género» sexual de cada individuo, falta por decir, desde luego, por qué esa soberanía se limita tan solo a ese asunto. En realidad, es un supuesto de este argumento la universalidad de la soberanía individual. ¿Acaso podría decirse lo contrario?

La ideología del Estado del bienestar, en cuyo marco vive hoy Occidente, constituye un nuevo modo de presentarse el proyecto de la Ilustración. Y ese proyecto consiste, precisamente, en hacer que el hombre sea para el hombre el ser supremo, es decir, en hacerle soberano de sí mismo.

Dada esta condición soberana, nada puede limitar a la voluntad humana. Aunque el caso es que la voluntad humana se encuentra con fuerzas que se le oponen. Una es el cuerpo. Otra es la convivencia con otros hombres. En ningún caso hay ningún principio interno por el que el hombre se encuentre limitado por principio.

Todo ello tiene, entre otras, una importante consecuencia: que la eticidad es imposible. La ética vivida arranca de reconocer que la conducta humana está sometida a medida. Los actos libres pueden ajustarse, o no, a una medida, y esa medida es la

ley moral. Si los actos libres se ajustan, son buenos; si no, son malos. El que la conducta humana libre pueda ser medida por la ley moral supone que la voluntad humana no es soberana, sino súbdita de semejante ley (que, por lo demás, se halla impresa en la naturaleza del hombre). Moralidad y soberanía son irreconciliables (lo cual, por cierto, no impide que sea verdaderamente conciliable la idea de una «soberanía limitada», aunque la Ilustración no lo admita como algo positivo).

Tampoco la vivencia del deber moral es posible si realmente el individuo humano es soberano. Si se afirma la soberanía del hombre, la conciencia del deber habrá de ser entonces declarada ilusoria, habrá de ser explicada como patología psicológica, como efecto de la presión social, o como insuficiencia de potasio en sangre. Nada se me puede presentar como necesario que yo lo haga si yo soy el rey absoluto: nadie puede presentármese con pretensiones de someter mi voluntad.

En consecuencia, el progresismo ilustrado ha de sostener que la soberanía de la voluntad humana hace del hombre un ser radicalmente amoral. ¿Cómo se podrá entonces realizar una educación de los niños y los jóvenes? Ha dejado de tener sentido ninguna educación, y, en general, cualquier valoración moral de la conducta de cualquier hombre.

(Esa amoralidad es ficticia, porque es imposible. La vivencia del deber es irreductible, ineludible: el ser humano es tan naturalmente moral como es natural que el humo suba a lo alto. La declaración de la soberanía del hombre es vacía, y en realidad es tan solo el anuncio del propósito de comportarse de una manera descaradamente inmoral.

Lo curioso del asunto es que el progresismo reserve la reivindicación de la soberanía humana tan solo al ámbito de la sexualidad...

La soberanía del hombre social

ESE soberano se encuentra, como he dicho antes, con obstáculos al ejercicio de sus poderes. Entre otros, son límites fácticos y externos de la soberanía de la voluntad humana el cuerpo y la vida social. Pero la ideología ilustrada trata de manera distinta estos dos límites de la soberanía humana. Por lo que respecta a la vida social, los ilus-



Jean-Jacques Rousseau (1712-1778)

trados tratan de ajustarla a la soberanía del hombre. Veamos ahora esto último.

El ser humano puede, en efecto, encontrar en la vida social un modo de existencia en el que su soberanía no puede ser completa, sino que se encuentra estorbada por ella. Puede vivirse la convivencia como una situación limitante, tal como piensa quien sostiene que «la libertad de cada cual termina donde comienza la de los demás». Que cada uno no es el amo y señor de la situación se echa de ver de in-

mediato cuando se repara en la presencia simultánea de otros sujetos humanos, que también reclaman, en principio, sus títulos de amos y señores. Si todos somos soberanos, nos entorpecemos unos a otros. Considerado desde la perspectiva del individuo, es claro que «el infierno son los otros», esta vez entendiendo esta famosa frase de Sartre en el sentido de que la existencia de los otros impide por principio la plena expansión de la soberanía individual, en la medida en que ellos reclaman asimismo una soberanía indiscutible.

El caso es que los hombres vivimos en sociedad y, por lo tanto, la dificultad se da. Ahora bien, este evidente escollo se compensa, en la ideología progresista, no a costa de un tajante rechazo de la sociedad. En este punto, el maestro, incluso para los individualistas, sigue siendo J. J. Rousseau. La estratagema progresista se ha cifrado, de acuerdo con el pensador ginebrino, en transferir la soberanía individual al conjunto de la sociedad; es decir, en defender que el soberano es, en puridad, el hombre que se identifica con la sociedad misma.

El individuo, como tantas veces subrayara K. Marx, es «abstracto», irreal; por lo tanto, también será abstracta e irreal su soberanía. Lo real concreto, auténtico, palpable, es el individuo inmerso en la sociedad. En consecuencia, cada individuo será de veras soberano, con una soberanía real, cuando su voluntad particular deje de serlo y se identifique con la del grupo, con la *volonté générale*; es decir, cuando su voluntad sea tan suya como de la sociedad: cuando sea voluntad universal.

Quizás estas ideas a los temperamentos individualistas o solitarios nos resulten difíciles de entender. Para comprobar que no se trata de meras ideas, sino de la mentalidad dominante por obra del progresismo, léase *El contrato social* de Rousseau, que fue quien dio con la solución. Aunque no podrá

«Toda paternidad proviene de Dios»

Sí, la civilización del amor es posible, no es una utopía. Pero es posible gracias a una referencia constante y viva a Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo de quien proviene toda paternidad (y maternidad) en el mundo (cf. Ef 3, 14-15), de quien proviene cada familia humana.

SAN JUAN PABLO II: *Carta a las familias* (1994)

pensarse de ella sino que es como la cuadratura del círculo, porque lo que defiende es que el individuo es soberano cuando asume como suya la soberanía del todo social, cuando deja de ser individuo. O sea, y dicho secamente: se trata de que los individuos se identifiquen con el todo. Que nos convirtamos todos en pura «masa» y que, aun así, creamos que mantenemos nuestra íntima individualidad.

Es esta, precisamente, a mi modo de ver, la idea que subyace a la creación en España de aquella popular asignatura de Educación para la ciudadanía en la educación primaria y secundaria. Ya no hay hombre: solo hay ciudadano. Por así decirlo: un ser cuyo ser todo consiste en ser únicamente lo que la colectividad quiere que sea. Una destrucción del ser humano, reducido a un mero «ser ciudadano».

La nueva moral del consenso

POR esta vía, la ideología imperante en Occidente pretende, con todo, recuperar la ética tras haberla imposibilitado, según he explicado antes. En rigor, se trata de una utilización interesada de la vivencia inextirpable del deber, para tener al individuo realmente sometido, a pesar de haber proclamado la soberanía humana. Esta es la curiosa situación en que desemboca el progresismo, en la es-

Esta es la curiosa situación en que desemboca el progresismo. Habiéndolo «liberado» de las leyes morales naturales, lo encadena a las normas consensuadas convencionalmente por la sociedad.

clavitud del hombre por el hombre. Habiéndolo «liberado» de las leyes morales naturales, lo encadena a las normas consensuadas convencionalmente por la sociedad. En tres siglos que llevamos de progresismo, quizás no ha habido como ahora tanto gusto en los ilustrados por adornarse con la moralidad, por parecer moralmente respetables, por ufanarse de rectitud de conciencia y responsabilidad (un ejemplo: la idea de la responsabilidad social corporativa de muchas empresas). Con ello lo que se proponen es reactivar en los demás el sentido natural del deber, para poder encadenarlos con más facilidad.

Pues ahora se impone una nueva medida de la bondad y maldad de los actos humanos, una vez rechazada aquella antigua y reaccionaria ley moral. Destruído el auténtico principio de la moralidad, se ha inventado otro que no puede ser más que grotesca farsa y chusca parodia. La nueva ley moral ilustrada quiere vestirse con los ropajes de la depuesta ley na-

tural y usufructuar su prestigio. Esta nueva ley moral usurpadora no es más que la ley del consenso.

El progresismo ilustrado adopta hoy la forma del Estado del bienestar. Esta reciente versión de la ilustración propone que las normas éticas sean determinadas por el consenso de las sociedades (Habermas, Rawls, y muchos otros; en España, Camps, Cortina, etc.). Durante algún tiempo —tiempo de demolición de las viejas ideas no ilustradas— predicó el «prohibido prohibir», alentó una liberación que no tenía límites, promovió la ilusión del superhombre. Tras aquellos tiempos locos y revolucionarios, llegados los de construir una nueva sociedad, el mecanismo del manidísimo consenso ha sido presentado como el nuevo bálsamo pacificador, que logra la prodigiosa síntesis de sometimiento y soberanía, de norma y libertad absoluta. De nuevo, la cuadratura del círculo. Desde luego, la eticidad de semejantes normas no tiene de verdadera más que lo que tiene de aprovechamiento parasitario de los escasos restos de auténtica conciencia moral que quedan en los hombres occidentales. Por mucho que se quiera decir lo contrario, las normas establecidas por mero acuerdo no dejarán nunca de ser normas convencionales, sólo positivas, sin fundamental fuerza obligatoria. Pues la obligatoriedad de lo convencional estriba en la ley natural que manda cumplir los compromisos: si no se admite ésta, los compromisos no obligan.

Los consensualistas no aceptan la existencia de una previa y natural obligación de someterse a las normas consensuales justas, ni un concepto natural, no meramente positivo, de la justicia, con lo que pierden, precisamente, lo que necesitan para poder fundar los consensos.

Por eso, la «nueva ética» progresista no pasa de ser un simple «porque sí», una mera imposición que el conjunto de la sociedad ejerce sobre las conciencias individuales, aunque la vía por la que se introduzca en ellas sea la del convencimiento. Este convencimiento es fruto de un engaño. Y así ha llegado a tener éxito social la nueva «ética» de la sexualidad, cuya máxima es: haz lo que te dé la gana. Una novedad, en estos años primeros del siglo XXI respecto de los de la «liberación sexual» del siglo XX, está en que, mientras que en los años sesenta los usos y abusos sexuales se resolvían en el ámbito privado, ahora se los ha convertido en tarea del Estado y derecho social. Antes cada cual se las apañaba para conseguir sus preservativos, y ahora es el Estado quien los regala. Porque entonces el «ciudadano» era, como tal ciudadano, un sujeto asexual (su sexualidad era privada), y ahora el «ciudadano» es también un sujeto omnisexual.

El cuerpo

OTRA realidad que cáusticamente se enfrenta con la soberanía del hombre es su propio cuerpo. La enfermedad y la muerte son signos afrentosos de finitud, que ridiculizan de continuo al soberano. Uno tiene un cuerpo particular, con determinaciones muy precisas, entre las cuales destacan las relativas a la sexualidad. Una libertad sin límites no puede soportar semejantes imposiciones. Y la humanidad, en nombre de su liberación, para la conquista de su auténtica soberanía, se ha lanzado, desde hace más de un siglo, a la exploración de todas las posibilidades del cuerpo, especialmente en el campo del sexo.

El cuerpo de cada uno es siempre algo demasiado concreto, demasiado particular, demasiado singular. Por el contrario, las filosofías modernas, al menos desde el siglo XIX, nos han convencido de que la verdad está en la universalidad, que equivale a la racionalidad. No, desde luego, en la universalidad abstracta, lógica, genérica de los idealistas, sino en la universalidad

concreta, empírica, material, existencial. El cuerpo se resiste, en principio, a semejante elevación. Se resiste a ser universal, a ser racional, se resiste a ser libre.

Esta resistencia es la que el progresismo quiere vencer con la «ideología de género». Esta «ideología» pivota sobre la distinción entre lo físico y lo social: tener un determinado sexo no depende del cuerpo que uno tenga, sino de lo que uno quiera ser en la sociedad. Para el progresismo esto debe ser así porque solamente entonces lo físico –el cuerpo– alcanza el estatuto de lo humano, que es tanto como decir: de lo universal, de lo racional, de lo libre, de lo soberano. Porque, como he señalado, para el progresismo, la verdad y la racionalidad es la universalidad, y la universalidad es la de la sociedad.

Este desgajamiento entre lo natural físico y lo social es clave para entender el fundamento de esta Ley de Identidad y Expresión de Género, aparte de otros elementos no estrictamente argumentativos. Sólo si puedo disponer por completo de mi sexualidad puedo considerarme libre y soberano: esta es la máxima fundamental.

La aprobación del divorcio, ocasión de daños irreparables para la sociedad española

La Constitución no tutela los valores morales de la familia, que por otra parte están siendo ya agredidos con la propaganda del divorcio, de los anticonceptivos y de la arbitrariedad sexual. Los medios de difusión que invaden los hogares podrán seguir socavando los criterios cristianos, en contra de solemnes advertencias de los sumos pontífices dirigidas a los gobernantes de todo el mundo, y no solamente a los católicos.

Se abre la puerta para que el matrimonio, indisoluble por derecho divino y natural, se vea atacado por la «peste» (Conc. Vat.) de una ley del divorcio, fábrica ingente de matrimonios rotos y de huérfanos con padre y madre. Como han señalado oportunamente los obispos de la provincia eclesiástica de Valladolid y otros, la introducción del divorcio en España «no sería un mal menor», sino ocasión de daños irreparables para la sociedad española.

Cardenal Marcelo GONZÁLEZ MARTÍN, *Ante el referéndum sobre la Constitución española*. Instrucción pastoral del 28 de noviembre de 1978

G.K. Chesterton y el carácter sagrado de la familia

Este triángulo de verdades evidentes —de padre, madre y niño— no puede ser destruido; pero puede destruir las civilizaciones que lo desprecian. *La superstición del divorcio*, 1920.

El ser humano es monógamo aun cuando lo es sólo por un mes; el amor es eterno aun cuando sólo es eterno por un mes. Siempre deja detrás la impresión de algo roto y traicionado. *Introducción a David Copperfield*, 1906.

Dos personas deben estar unidas a fin de hacerse usticia mutuamente; durante veinte minutos en un baile, o durante veinte años en un matrimonio. En ambos casos, la cuestión es que, si un hombre se aburre en los cinco primeros minutos, debe seguir y obligarse a ser feliz. La coacción es una especie de estímulo; y la anarquía (o lo que algunos llaman «libertad») es esencialmente opresiva, porque es esencialmente desalentadora.

Baste con decir aquí que paganos y cristianos por igual han considerado el matrimonio como una atadura, algo que normalmente no ha de separarse. *Lo que está mal en el mundo*, 1910.

La próxima gran herejía va a ser sencillamente un ataque a la moralidad, y en particular a la moralidad sexual (...) La locura de mañana no está en Moscú sino mucho más en Manhattan. *G.K.'s Weekly*, 1926.

La sociedad está constituida por un gran número de reinos pequeños en los que el hombre y la mujer se convierten en rey y reina, y en los que se ejerce una autoridad razonable sujeta al sentido común de la comunidad, hasta que quienes están a su cuidado crecen

y son capaces de fundar reinos semejantes y ejercer similar autoridad. Esta es la estructura social de la humanidad, mucho más vieja que toda la documentación histórica y que todas las religiones, y todos los intentos de alterarla son mera patraña y pura estupidez. *La cuestión: Por qué soy católico*, 1929.

El niño es una creación y una contribución; es la contribución propia y creadora de los padres a la obra de la creación. Cuando los seres humanos ya no lo sientan así, habrán perdido el aprecio por las cosas primarias y originarias de la vida. Prefieren las cosas últimas, torcidas, indirectas, prestadas y exhaustas de nuestra moribunda civilización capitalista a la realidad, que es el único rejuvenecimiento de nuestra civilización. *The well and the Shallows*, 1935.



G.K. Chesterton (1874-1936)



Tu misericordia, «de generación en generación»

Antiguo Testamento (VI): ¡No a la Tierra Prometida!

GERARDO MANRESA

EL pueblo de Israel había salido de Egipto para ir a la tierra de Canaán, que Yahvé había prometido a sus primeros padres Abraham, Isaac y Jacob y así, después de la entrega de la Ley a Moisés, en el monte Sinaí continuó su peregrinación por el desierto en dirección a la Tierra Prometida.

La travesía del desierto fue bastante rápida, pues como dice el Deuteronomio tardaron once días en atravesar el desierto de Faras, desde el Horeb, (Dt 1,2,19), con la intención de invadir Canaán desde el sur (Dt 1,20 ss).

El Señor guiaba al pueblo en medio de las dificultades de la travesía y de las guerras que tenían que sufrir al pasar por tierras de diferentes pueblos, pero poco a poco iban acercándose a su destino.

Una de las cosas más comunes en esta travesía era las rebeliones del pueblo contra Yahvé. Cualquier dificultad que encontraban en el camino era suficiente para lamentarse de no estar en Egipto, donde decían ellos que «comían carne hasta hartarse», pero quizás el mayor momento de sedición contra Yahvé fue cuando, estando ya cerca de la tierra prometida, en Cadés, les mandó que enviaran exploradores a dicha tierra.

Cuando llegaron a Cadés, situada a poca distancia de la frontera meridional de Palestina, Yahvé mandó a Moisés que enviara algunas personas a explorar la tierra que les había prometido. Moisés mandó a un jefe de cada tribu y tras cuarenta días volvieron con frutos de la tierra que manaba leche y miel, uvas, higos y granadas. Los exploradores hicieron relación a toda la asamblea del pueblo de lo extraordinariamente fértil que era aquella tierra y de lo fuertes que eran los habitantes de los pueblos que en ella habitaban, los amalecitas, los geteos, los jebuseos, los amorreos y los cananeos. A pesar de la insistencia de Caleb, de la tribu de Judá, que animaba a todo el pueblo a subir y conquistarla, los otros exploradores tuvieron miedo e insistían en lo peligroso que era luchar contra aquellos pueblos.

El pueblo cogió mucho miedo y dejando de confiar en Yahvé que les guiaba en su camino hacia la tierra prometida, se rebelaron contra Él y contra Moisés y se decían unos a otros: *Elijamos un jefe y volvámonos a Egipto*, (Nm 14,4). A pesar de la

insistencia de Moisés, Josué y Caleb, de que Yahvé les guiaba y que con Él eran capaces de vencer a todos los pueblos, la asamblea de Israel no quiso escucharlos, intentó lapidarlos, e insistieron en su decisión de volver hacia atrás.

¡Una tierra que Yahvé había prometido a Abraham hacía más de cuatrocientos años, que manaba leche y miel, que Isaac, Jacob y sus sucesores habían deseado durante todo este tiempo, y cuando llega el momento de entrar en ella, la asamblea del pueblo y todo él, desconfía del Señor y se niega a entrar en la tierra prometida y pretende buscar otro jefe sustituyendo a Moisés para que les vuelva a Egipto!

Pero la gloria de Yahvé se mostró en el tabernáculo de la reunión y evitó la lapidación. Y Yahvé se lamentó otra vez de que a pesar de todo lo que había hecho por aquel pueblo no confiaban en Él: *¿Hasta cuándo me ha de ultrajar este pueblo? Voy a herirle de mortandad y hacer de ti una gran nación*. Moisés volvió a pedir a Yahvé misericordia para aquel pueblo, *como lo has perdonado desde Egipto hasta aquí*. (Nm 14,14-20). Ante la nueva demanda de Moisés, Yahvé perdonó a su pueblo por décima vez, pero ante la negativa de entrar en la tierra prometida, Yahvé les hizo volver y vagar por el desierto durante cuarenta años hasta que toda la generación que había salido de Egipto murió. Pero la misericordia del Señor en ningún momento abandonó a su pueblo sino que le protegió durante todo este tiempo venciendo en todas sus luchas contra los pueblos vecinos que les atacaban.

Tras estos cuarenta años, al mando de Josué, junto con Caleb, únicos supervivientes, el pueblo de Israel entró en la tierra prometida y, con la ayuda de Yahvé conquistaron todas las tierras, empezando por Jericó.

Toda la vida del pueblo de Israel, desde su fundación, había sido una pura misericordia de Yahvé y finalmente llegaron a la tierra que tanto habían esperado Abraham y su descendencia.

Una vez entrado el pueblo de Israel en Palestina fueron conquistando las tierras con la ayuda de Yahvé y distribuyéndolas entre las tribus. Se puso en práctica la legislación dada por Yahvé en el monte Sinaí y se fue completando por medio de Josué.



Santuarios dedicados a la divina Misericordia

Virgen del Olvido, Triunfo y Misericordias

CLARA SERRA



Venerable Madre María de los Dolores y Patrocinio. Junto a ella, la imagen de la Virgen del Olvido, Triunfo y Misericordias

LA Virgen del Olvido no es la patrona de nuestros descuidos, ni tampoco del necesario olvido de uno mismo, aunque puedan referenciarse, sino que tal advocación alude, en boca de la Virgen a sor Patrocinio, «a que (los hombres) me han olvidado». Sin embargo, una madre no se cansa de esperar y, por ello, el título misterioso de esta tierna y amorosa Madre: *Nuestra Señora del Olvido, Triunfo y Misericordias*.

La figura de sor Patrocinio fue enormemente conocida en la España de la época, sin embargo, hoy en día se ha desvanecido su recuerdo y el esperanzador mensaje que le transmitió la misma Virgen. Por eso, ahora queremos, y es necesario, dar a conocer esta importante manifestación mariana.

La vida de la pequeña Lolita está rodeada de hechos extraordinarios. Nacida el 27 de abril de 1811, fruto del matrimonio de Diego Quiroga y Dolores Capopardo, tuvo revelaciones del divino Niño Jesús y su Purísima Madre desde sus años más tiernos. Incluso se muestran signos desde su propio nacimiento. Como la familia había estado al servicio del Patrimonio Real, en dicho año tuvieron que huir de Madrid por la invasión bonapartista y se dirigieron, por separado ambos padres, a San Clemente (Cuenca). A un kilómetro del lugar, en la Venta del Pinar, Dolores dio a luz a la futura monja, pero allí mismo la abandonó. A los tres días don Diego fue a buscarla y según cuentan, oyó un llanto que le llamaba «padre» en medio de un camino. De esta manera tan singular descubriría el paradero de su niña. Desde entonces, y hasta los diez años, estuvo muy unida a su padre, sufriendo por otro lado el rechazo de su madre. La Madre del Cielo le hará de madre.

«Si alguno quiere seguirme, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz de cada día y me siga» (Lc 9, 23) dice el Señor. Pues bien, ya estaba escogiendo seguir al Señor la pequeña Dolores cuando el Niño Jesús, en una aparición, le ofreció una corona de rosas y otra de espinas, y ella escogió la segunda porque éstas son las más agradables a Dios. Efectivamente, penas, dolores, persecuciones, cruz y calvario soportará la futura sierva de Dios, de sobrenombre Rafaela —actuando así la divina Providencia para que el Santo Arcángel la defendiera del Maligno.

A pesar del entorno social que le rodeaba, el bienestar económico y la oposición de su madre, no tardó en responder a su compromiso con Dios y la Virgen. A los quince años entraba en el convento de las Comendadoras de Santiago y, a los diecisiete, el 19 de enero de 1829, entró definitivamente en la Orden de la Inmaculada Concepción de María Santísima, en el convento de Jesús, María y José de Caballero de Gracia de Madrid. A petición de la Virgen, adopta el nombre de Patrocinio, en señal de predilección y de singular ternura hacia ella. Sor María de los Dolores Rafaela de Patrocinio empieza su noviciado bajo la protección de la madre Pilar, la abadesa del convento. Ese mismo año, a la vista de Jesucristo, llegaron a tanto las inflamaciones

de amor en su alma pura que le quedó impresa una llaga en el costado. Más adelante, se le imprimieron también las llagas en las manos, pies y cabeza. Todos los dolores que sufría, los ofrecía.

El día 13 de agosto de 1831 se le apareció la Santísima Virgen, en una hermosísima y resplandeciente nube, cercada de querubines. A través del Príncipe San Miguel, le hacía entrega de una preciosa imagen suya con los títulos de *Olvido*, *Triunfo* y *Misericordias*. A sus pies, la figura del dragón amarrada y sujeta con una cadena, como símbolo de su protección sobre la acción del demonio. Estaba claro, «el Señor vinculaba en esta imagen el alivio, consuelo y remedio para todos», en palabras de la Madre Pilar quien, preguntando a las diversas monjas, comprobó que nadie antes había visto dicha imagen. El por entonces papa Gregorio XVI fue enterado del milagro y de todo lo ocurrido. No tardó en promulgar una bula concediendo gracias a los que visitasen, en días concretos, el altar de la sagrada imagen. Él mismo tenía grandes deseos de verla y venerarla y se oía decir que a tan santo Padre, la Virgen se lo concedió de manera extraordinaria.

La Madre Patrocinio le diría a su director espiritual que en la noche del día siguiente de la primera aparición, después de Maitines, tuvo su Reverencia otra celestial visión de la Santísima Virgen con la preciosa imagen del Olvido en sus purísimas manos. Así, la Virgen se le apareció y le dijo: –Hija mía, ¿por qué se contrista tu corazón, si todas las misericordias y tesoros de mi Hijo voy a poner en tus manos, por medio de esta mi soberana imagen, para que las distribuyas en mi nombre a los mortales? – A lo que respondió sor Patrocinio: –Señora y Reina mía, ¿no veis la España, no veis los males que nos afligen? – «Hija mía, los veo; pero ellos se olvidan de mí y retiran las misericordias. Pero yo que soy vuestra tierna y amorosa Madre, quiero poner a la vista de todos los mortales en esta imagen mía, que jamás mis misericordias se apartan de ellos».

(...) A tu solicitud y cuidado dejo el culto y veneración de esta sagrada imagen mía. (...) Al alma que rendida a sus pies me pidiese alguna cosa, jamás se le negará mi amor. Será el consuelo del mundo y la alegría de la Iglesia católica y, por su medio, mi Hijo y yo recibiremos culto.

Cuando ya recibió, la sierva de Dios, esta imagen de la soberana Madre del Olvido, empezó en el Cielo una música celestial entonando la Salve.

Mientras esto ocurría de puertas hacia dentro del convento, España se preparaba para una guerra, la Guerra carlista de 1833. Para entonces ya se hablaba de sor Patrocinio y sus prodigios, acudían a ella en busca de consejo, la llamaban «la monja de las llagas». En su carácter, destacaba por su humildad y su caridad, su dulzura de trato. No obstante, comenzaron las calumnias

acerca de su persona y estaba en el punto de mira de los gobernantes y aquellos a quienes les incomodaba.

Ese periodo convulso había estallado y se sucedían las matanzas de religiosos y quema de conventos e iglesias. Sor Patrocinio, en particular, era perseguida y fue desterrada a Francia en dos ocasiones. Sin embargo, la imagen de la Virgen del Olvido siempre la acompañaba. Aunque le entristecía lo que ocurría, les decía a sus monjas: «moriremos mártires de la Inmaculada». Tal y como les había prometido la imagen revelada de la Virgen, sentían verdaderamente y, en todo momento su protección. ¿Sería casualidad lo que al mismo tiempo ocurría en la República contigua? Sucedió que, en su segundo destierro a Francia fundó la Orden Concepcionista y, tan solo diez años antes, al mismo tiempo que la Virgen bendecía España con esas revelaciones, la nación vecina también recibía una gracia semejante. La Virgen le había dicho a Bernadette, «Yo soy la Inmaculada Concepción», dogma proclamado poco antes por el papa Pío IX. Repito, ¿causalidades? Más bien muestras de como las misericordias de Nuestra Madre del Cielo se derraman sin límites...

Los religiosos españoles seguían sufriendo constantes persecuciones. Sor Patrocinio afirmaba con más fuerza: «Dios sufre, la Iglesia sufre, el Santo Padre sufre, es justo que también suframos nosotras», y en ello encontraba su felicidad: el que confía en Dios, por muy desgraciado que lo crea el mundo, siempre es feliz.

Cómo bien había prometido la Virgen Santísima, no dejó de socorrer a cuantos se le acercaban con fervor solicitando su auxilio a través de la sagrada imagen de la Virgen del Olvido, Triunfos y Misericordias. De este modo, desde la primera aparición, se fueron sucediendo numerosos favores de la Soberana Reina. La invocación de la Santísima Virgen del Olvido logró el milagro, entre muchos, de la curación de las piernas baldías del hijo del mayordomo del convento, evitó el asesinato del rey don Francisco de Asís María de Borbón siendo atacado en su propio cuarto y dejando paralizado a su enemigo, y la conversión del corazón distraído y descuidado de un sacerdote enfermo, que también recuperó su salud...

La Virgen nos dejó, a través de sor Patrocinio, un mensaje de conversión y de consuelo. Y, quizá hoy, más que nunca, deberíamos rendirnos a sus pies rezando aquella oración que le escribió la sierva de Dios: «Señora, acordaos de los pobres desvalidos que caminan en este valle de lágrimas, sólo de ti esperan consuelo. No nos olvidéis, Madre mía. Muéstranos lo que es de tu gusto, haciendo el tuyo haremos también el de tu Hijo». De su mano, para llegar a Él. Anum, ereo, caurnum in vocchum, ponsulin dium vit, que facciam nostabe nducia nonequit videntio, omandam terebefacit, nonsulis, nostemquis mactam mus enat



Sed misericordiosos

Mamá y papá unidos por siempre en el Paraíso

GIANNA EMANUELA MOLLA

Artículo escrito por Gianna Molla para la revista «Gianna sorriso di Dio» y que posteriormente la autora ha facilitado a CRISTIANDAD para su publicación.

DESDE que mi amadísimo «papá de oro» voló al Paraíso al alba del Sábado Santo, 3 de abril de 2010, lo imagino unido para siempre a su adorada esposa y mi amadísima y santa madre; los siento siempre cerca, más aún, «pegados» a mi, tal y como se lo pido a ellos cada día; me dirijo a ellos continuamente en mis oraciones y siento que me escuchan.

Con ocasión de la Cuaresma de 2014, la parroquia San Gregorio Magno de Milán me ha pedido comentar las últimas cuatro estaciones del Vía Crucis, la tarde del viernes 11 de abril, de la XI a la XIV, indicándome este título: *La vía de la cruz. Experiencia de una hija «especial»: Gianna Emanuela Molla, hija de santa Gianna Beretta Molla.*

Era la primera vez que me ponía a reflexionar sobre lo que la vida de mamá y papá me había enseñado a propósito de la «*Vía de la cruz*».

Éstas son las reflexiones nacidas de todo ello y con las cuales inicia mi testimonio.

Qué me enseña la vida de mamá y papá a propósito de la vía de la cruz

LA vía de la cruz, estrechamente unida a la Resurrección, tal como nuestro Señor nos ha testimoniado. Es ciertamente la vía que hemos de seguir, aunque humanamente sea la más incómoda y la más difícil para poder dar un sentido pleno y cumplido a nuestra vida –vida que es un don maravilloso de Dios y que, al hacerse don a Él y al prójimo, se realiza plenamente y encuentra su más profundo significado–, y para tender, día tras día, a la alegría de la vida eterna hacia la que estamos en camino. La vía de la Cruz es, por tanto, una vía «de gracia».

Presupone, tal y como nuestra Madre celestial nos ha enseñado bien, nuestro «Sí», incondicional y continuo, a la voluntad del Padre, la humilde aceptación de su santa voluntad, siempre, aun cuando no la comprendamos.

Ésta es la enseñanza fundamental que extraigo de la vida y el testimonio de fe, de amor y de caridad de

mi santa madre y también de mi santo papá: el haber aceptado siempre la voluntad del Señor, cada día de su vida, y con profunda humildad, siguiéndole en la vía de la Cruz.

Mons. Ennio Apeciti responsable, desde hace muchos años del Servicio de la Causa de los Santos de la Archidiócesis de Milán y consejero de la Fundación santa Gianna Beretta Molla desde septiembre de 2013 me escribió en una carta de 18 de enero de 2012 que decía:

«Queridísima Gianna Emanuela,

... He leído de golpe y con interés el número de “Gianna, sonrisa de Dios” dedicado en particular a su querido papá, el ingeniero Pietro Molla... por la riqueza de los contenidos, que abren un resquicio por el que se accede a la bella espiritualidad de su padre y a su riqueza interior y refieren el haber sido un marido enamorado y padre afectuoso. Le estoy agradecido precisamente por esta riqueza de contenidos ...

Estamos todavía a principios de año y, por ello, le saludo y deseo (aunque tengo la certeza) de que sus padres, que gozan de la visión de Dios, la guardan y protegen. Le pido que interceda también por mí ante ellos ... ».

Y es precisamente así como me ha escrito el queridísimo padre Ennio: mis padres, que viven ahora una “Vida Nueva” en la luz y en la alegría del Señor, me guardan y me protegen desde el Cielo, nunca me dejan sola, ni por un momento, los siento verdaderamente presentes allí donde me encuentre y como una presencia viva, y rezo todos los días al Señor y a mi Madre celestial para ser lo menos indigna posible en el vivísimo deseo de poderles abrazar algún día, para no separarnos jamás.

Sé bien que no puedo contar con un carril «preferente» para alcanzarlos, en una autopista, tampoco sería justo, puesto que para mí, tal como ha sido para ellos, la vía justa a seguir es la de la Cruz: y así me esfuerzo, a pesar de todas mis debilidades humanas, mis carencias, mis miserias, para seguir yo también, cada día esta vía; me esfuerzo para comprender, sobre todo a través de la oración, cual es la

voluntad de Dios sobre mí y para aceptarla siempre humildemente.

Y cada vez que llega un “nuevo” sufrimiento, de aquéllos muy pesados, de aquellos sufrimientos que te llegan como “un rayo en cielo despejado” y que, para su contrariedad, llegan como una gracia a fortalecerte en la fe, un sufrimiento que probablemente no había vivido hasta aquel momento y menos aún podía haber imaginado que llegaría a vivir, pienso: “*voy por el camino adecuado...*”, y este pensamiento me anima y me ayuda mucho a aceptarlo y, poco a poco, con la ayuda del Cielo y de quien está cerca de mí, a metabolizarlo y a “superarlo”, si así se puede expresar, y así se puede decir, desde una perspectiva humana, pensando siempre en el Bien más grande y la alegría más grande que nos esperan...

Que la vía de la Cruz es ciertamente también la vía de la alegría, la verdadera y profunda, preludio de aquella alegría, todavía más grande y más profunda, de poder gozar un día de la visión del Señor, y por siempre.

Mamá y papá fueron esposos y padres más que felices, con un gozo profundo en el corazón, con un gran deseo y una gran alegría de vivir, y daban gracias continuamente al Señor y a la Madre celestial, de todo y por todo. Vivieron siempre su amor a la luz del amor y de la fe, y esto se hace evidéntísimo también por las bellísimas cartas que se escribieron de novios y de esposos, en las que el Señor y la Madre celestial están siempre presentes.

A propósito de estas cartas, a medida que transcribía, una por una, las cartas de papá para su publicación después de su muerte, hice ésta mi consideración personal: pensé que su amor podía ser tan grande, porque el Señor y la Madre celestial formaban parte integrante del mismo, puesto que eran ya parte integrante de sus vidas, incluso antes de que se encontraran.

Ciertamente, para poder seguir a Jesús en la vía de la Cruz tenemos que haberlo encontrado y acogido en nuestro corazón, debemos conocerlo, amarlo y servirle también en nuestro prójimo, rezarle intensamente y tener confianza en Él y su divina Providencia, ponerlo en el centro de nuestra vida y permearse de su Amor y de su presencia viva y también de su Madre celestial que a Él nos conduce, cada una de las cosas y aspectos de nuestra vida, cada uno de nuestros pensamientos, sentimientos, actos, acciones, de la más pequeña, simple y cotidiana, a

la más grande: ésta es la fuente de nuestro gozo más grande y profundo, incluso en esta tierra.

Y tener al Señor en nuestro corazón, hacer su Voluntad, ver a la luz de la fe que cada cosa que nos sucede nos lleva, aún caminando en la vía de la Cruz, a la alegría, y a sentir el deber de agradecer continuamente a nuestro Señor, todo, de cada respiro, cada uno de sus dones..., incluso el del sufrimiento... ¡y tanto! Todo esto me enseña la vida de mamá y papá.

Mamá escribió a papá el 5 de julio de 1955, durante su noviazgo:

«... Piensa, Pietro, en nuestro nido, calentado por nuestro afecto y alegrado por los bellos cachorros que el Señor nos mandará! Es cierto, también habrán dolores, pero si nos amamos siempre realmente, tal como nos queremos ahora, con la ayuda de Dios sabremos soportarlos juntos. ¿No te parece?»

Ahora, por el momento, disfrutemos de la alegría de amarnos; porque a mí siempre me han enseñado que el secreto de la felicidad es vivir el momento y dar gracias al Señor por todo lo que nos manda día a día con su bondad...».

Y papá, que también ha sufrido mucho en su larga vida —basta pensar en la pérdida prematura de su amadísima esposa y de su Mariolina dos años después—

cuántas veces me dijo: «No me bastará la eternidad para dar gracias al Señor por todas las gracias que me ha dado a lo largo de mi dilatada vida.»

Y, en particular... «por el regalo singularísimo, de entre los muchos que he recibido de Él, de ser testigo directo de tanta gracia y bendición», refiriéndose al hecho de haber podido asistir el 16 de mayo de 2004, hace ya diez años, con profunda emoción y conmoción, a la proclamación por el queridísimo papa Juan Pablo II de mamá como santa, como «Madre de familia», para la Iglesia universal, ante miles de fieles que abarrotaban la plaza de San Pedro, que había sido la meta devota de su inolvidable viaje de novios ¡49 años antes! (...).».

Éste, mi pensamiento: «Mamá y papá unidos por siempre en el Paraíso» encuentra confirmación en lo que atestiguan y escriben un número cada vez mayor de personas: sacerdotes, religiosos y laicos que se refieren a mis padres como «padres santos», de «cónyuges santos», a los que dirigir sus oraciones de intercesión y todo ello me conforta...



Familia Beretta Molla



«*Gracias, Señor, por tus misericordias*»

La conversión de Vittorio Messori:

«*Doctor, mi hijo está muy grave: va a misa*»

NICOLÁS ECHAVE SDB

¿Quién es Vittorio Messori?

VITTORIO Messori es un periodista italiano. Nació en Sasuolo (Italia) en 1941, y se graduó en Ciencias Políticas en Turín. Periodista y escritor, comenzó su carrera en *La Stampa*, para trabajar luego en el grupo editorial de *Famiglia Cristiana*, en el diario *Avenire*. Ha colaborado con numerosos periódicos de su país y ha publicado libros de gran interés y enorme éxito, como el basado en un coloquio con el Card. Ratzinger *Informe sobre la fe* (1985), o el ya famoso *Cruzando el umbral de la esperanza* (1994), una entrevista con el papa Juan Pablo II en la que, por primera vez en la historia del cristianismo, un papa expone y razona su fe. Pero, en contra de lo que pudiera pensarse, no ha sido precisamente un «*católico de toda la vida*». En una entrevista con José R. Pérez Arangüena, nos desvela la apasionante aventura de su sincera búsqueda interior y de su conversión.

Educado en el ateísmo

NACÍ en plena guerra mundial en la región quizá más anticlerical de Europa: en la Emilia, zona del antiguo Estado Pontificio, la del don Camilo y Peppone (el cura de pueblo y el alcalde comunista) de Guareschi. Mis padres no estaban precisamente de parte de don Camilo y, aunque vivían de verdad unos valores –apertura, acogida, generosidad, etc–, desde pequeño me inculcaron la aversión, no al Evangelio o al cristianismo, sino al clero, a la Iglesia institucional. Me bautizaron como si fuera una especie de rito supersticioso, sociológico, pero después no tuve ningún contacto con la Iglesia.

»Acabada la Guerra, mis padres se trasladaron a Turín, la mayor ciudad industrial italiana, cuna del marxismo italiano –de Gramsci, Togliatti y otros dirigentes comunistas–, en la que los católicos hacen tiempo que son minoría. Asistí allí a un colegio público, donde no se hablaba de religión más que para inculcarnos el desprecio teórico hacia ella. Obligada por el Concordato había, sí, una clase semanal de enseñanza religiosa, pero casi ninguno la tomaba en

serio y yo, en concreto, evitaba la asistencia con las más variadas excusas. O sea, que si por mi familia estaba imbuido de anticlericalismo pasional, la escuela llovió sobre mojado al enseñarme la cultura del iluminismo, del liberal-marxismo».

Su pasión, la política

ACABADO el bachillerato, eligió como carrera universitaria la de Ciencias Políticas. Pertenece a la famosa generación del 68 y convirtió la política en su pasión. «Decía el teólogo protestante Karl Barth que “cuando el cielo se vacía de Dios, la tierra se llena de ídolos”. Para mí el cielo estaba vacío, y uno de los ídolos que llenaba la tierra era precisamente la política. Era para mí una auténtica pasión. Estaba muy comprometido con los partidos de izquierda».

Se da cuenta con el tiempo de que la política no podía proporcionarle las respuestas sobre el sentido de la vida. «Sin embargo, aun consciente de esas carencias de la política, a la vez estaba convencido de que no podría encontrar respuestas fuera de ella, precisamente porque formaba parte de los que rechazaban el cristianismo sin tomarse la molestia de conocerlo. Pensaba que cualquier dimensión religiosa pertenecía a un mundo pasado, que un joven moderno como yo no podía tomar en serio. (...)

»El Evangelio era para mí un objeto desconocido: nunca lo había abierto, pese a tenerlo en mi biblioteca, porque pensaba sin más que formaba parte del folklore oriental, del mito, de la leyenda».

Encuentro con el misterio

PERO un día sucedió... Llegamos a un punto en que me es difícil hablar... por pudor. André Frossard, colega y amigo mío, entró un día en una iglesia católica en Francia y de la misma salió convertido. Mi proceso no es tan clamoroso. Pero un tipo semejante de experiencia mística, no tan inmediata sino diluida en el arco de dos meses, la he vivido también yo. Mi hallazgo de la fe fue muy protestante. Fue un encuentro directo con la misteriosa figura de Jesús, a través de las palabras griegas del Nuevo Tes-



tamento. No vi luces, ni oí cantos de ángeles. Pero la lectura de aquel texto, hecha probablemente en un momento psicológico particular, fue algo que todavía hoy me tiene aturdido. Cambió mi vida, obligándome a darme cuenta de que allí había un misterio, al que valía la pena dedicar la vida.

»La situación que se creó fue todo un drama para mí. De inmediato me vino un gran consuelo, una gran alegría, pero a la vez un miedo terrible, por varios motivos. Por una parte, me di cuenta de que mi vida debía cambiar, sobre todo en la orientación intelectual. (...) Me hacía sufrir especialmente el que, si mi familia se enteraba de lo que me sucedía, me echasen de casa. De hecho, cuando mi madre supo que asistía a misa a escondidas, telefoneó al médico y le dijo: “Venga, doctor. Mi hijo padece una fuerte depresión nerviosa”. “¿Qué síntomas tiene?”, preguntó el médico. Y mi madre le contestó: “Un síntoma gravísimo: he descubierto que va a misa”. Esto da idea del clima que se vivía en mi familia y de lo mucho que podía afectarme.

La Iglesia, proyecto de Dios

HA sido una aventura solitaria –siempre he sido un individualista–, en la que me guió Pascal: un hombre de hace trescientos años, también laico convertido, que razonaba como yo, que no quería renunciar a la razón y que, antes de rendirse a la fe, deseaba agotar todas las posibilidades. Él me ayudó a descubrir esa nueva Atlántida personal. He hablado de aventura solitaria y de mi individualismo, pero también digo siempre que no soy un “católico del disenso”. Al contrario, soy un

“católico del consenso”. Y es que, en la lógica de la Encarnación, no sólo juzgo legítimo al Vaticano, a la Iglesia institucional, sino que la considero necesaria, indispensable.

»¿Cuándo decidí aceptar la Iglesia? Cuando, al reflexionar sobre el Evangelio para intentar conocer mejor el mensaje de Jesús, me di cuenta de que el Dios de Jesús es un Dios que quiso necesitar a los hombres, que no quiso hacerlo todo solo, sino que quiso confiar su mensaje y los signos de su gracia –los sacramentos– a una comunidad humana. Es decir, si uno reflexiona bien, acepta la Iglesia no porque la ame, sino porque forma parte del proyecto de Dios. Me ha costado muchos años, pero ahora estoy convencido de que sin la mediación de un grupo humano, en el fondo no tomaríamos en serio la mediación de Jesús.

»Mi aventura también ha sido solitaria porque era uno de los pocos que andaba contracorriente. Entraba en la Iglesia, cuando tantos clericales salían de ella, gritando: ¡Qué maravilla, finalmente la tierra prometida! ¡Hemos descubierto la cultura laicista! Yo, asombrado, intentaba pararlos: ¿Qué hacéis? ¡La verdadera cultura está aquí dentro, en la Iglesia!

Por eso, algunos me han acusado de ser un reaccionario, un nostálgico. Es absurdo. Yo no he conocido la Iglesia preconiliar, no he escuchado jamás una misa en latín, porque antes del Concilio nunca había asistido a misa, y cuando comencé a ir, era ya en italiano. De ahí que no pueda ser un nostálgico. ¿De qué? No he tenido ni una infancia ni una juventud católica. Lo que sí he conocido de cerca es la cultura laicista. Y luego, un encuentro misterioso y fulgurante con el Evangelio, con una Persona, con Jesucristo; y, después, con la Iglesia».



Los santos nos hablan de la misericordia

San Francisco de Sales:

«¡Ah, Teótimo, qué bueno ha sido Dios para con nosotros!»

MAS, si no podemos naturalmente amar a Dios sobre todas las cosas, ¿por qué tenemos esta natural inclinación a ello? ¿No es una cosa vana el que la naturaleza nos incline a un amor que no puede darnos? ¿Por qué nos da la sed de un agua tan preciosa, si no puede darnos a beber de ella? ¡Ah, Teótimo, qué bueno ha sido Dios para con nosotros! Nuestra perfidia en ofenderle merecía, ciertamente, que nos privase de todas las señales de su benevolencia y del favor de que había usado con nuestra naturaleza, al imprimir en ella la luz de su divino rostro y al comunicar a nuestros corazones el gozo de sentirse inclinados al amor de la divina bondad, para que los ángeles, al ver a este miserable hombre, tuviesen ocasión de decir: ¿Es ésta la criatura de perfecta belleza, el honor de toda la tierra?

Pero esta infinita mansedumbre nunca supo ser tan rigurosa con la obra de sus manos; vio que estábamos rodeados de carne, la cual es un viento que se disipa, un soplo que sale y no vuelve.

Por esta causa, según las entrañas de su misericordia, no quiso arruinarnos del todo ni quitarnos la señal de su gracia perdida, para que mirándole y sintiendo en nosotros esta inclinación a amarle, nos esforzásemos en hacerlo, y para que nadie pudiese decir con razón: ¿Quién nos mostrará el bien?

Porque, aunque por la sola inclinación natural no podamos llegar a la dicha de amar a Dios cual conviene, con todo, si la aprovechamos fielmente, la dulzura de la divina bondad nos dará algún socorro, merced al cual podremos pasar más adelante, y, si secundamos este primer auxilio, la bondad paternal de Dios nos favorecerá con otro mayor y nos con-

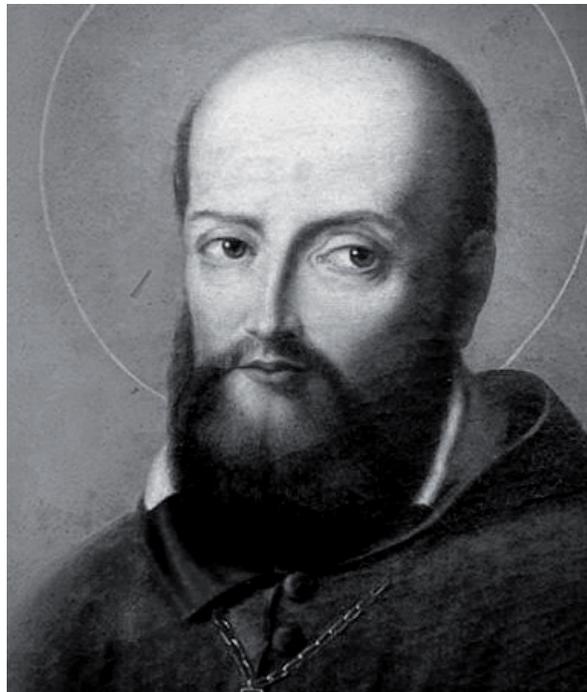
ducirá de bien en mejor, con toda suavidad, hasta el soberano amor, al que nuestra inclinación natural nos impele, porque es cosa cierta que al que es fiel en lo poco y hace lo que está en su mano, la divina bondad jamás le niega su asistencia para que avance más y más. (*Tratado del amor a Dios*, libro I cap. 18)

«¡Ah, Teótimo, Teótimo! el alma de este Sal-

vador nos conocía a todos por el nombre y apellido; pero, sobre todo, el día de su pasión, cuando ofrecía sus lágrimas, sus oraciones, su sangre y su vida por nosotros, lanzaba, en particular, por ti estos pensamientos de amor: Padre eterno, tomo a mi cuenta, y cargo con todos los pecados del pobre Teótimo, hasta sufrir los tormentos y la muerte, para que quede libre de ellos y, en lugar de perecer, viva; muera yo con tal que él viva; sea yo crucificado, con tal que él sea glorificado. ¡Oh amor soberano del Corazón de Jesús! ¡Qué corazón te bendicirá jamás con la devoción debida!

De esta manera, dentro de su pecho maternal, su

divino corazón preveía, disponía, merecía e impedía todos los beneficios que poseemos, no sólo para todos, en general, sino también para cada uno en particular, y sus pechos, llenos de dulzura, nos preparaban la leche de sus inspiraciones, de sus movimientos y de sus suavidades, por las cuales atrae, conduce y alimenta nuestros corazones para la vida eterna. Los beneficios no nos enfervorizan, si no miramos la voluntad eterna que los dispone para nosotros, y el Corazón del Salvador que nos lo ha merecido con tantas penas y, sobre todo, con su pasión y muerte». (*Tratado del amor a Dios*, libro XII, cap. XII)



San Francisco de Sales (1567-1622)



El papa Francisco y la misericordia

«Quien repudia a su mujer y se casa con otra comete adulterio»

Extracto de la homilía que pronunció el Papa en la misa de Santa Marta el 20 de mayo

(obtenida de *L'Osservatore Romano*)



HOY en esta misa hay ocho parejas que celebran cincuenta años de matrimonio —es un auténtico testimonio en este tiempo de la cultura de lo provisional— y una pareja que celebra sus veinticinco años».

El Papa comentó el pasaje del evangelio de san Marcos en el que se le acercaron un grupo de fariseos para ponerlo «a prueba»: «Dos veces, en el Evangelio, este pequeño grupo hace una pregunta a Jesús sobre el matrimonio. En particular una vez los saduceos, que no creían en la vida eterna, presentaron una pregunta sobre el levirato, o sea respecto a la mujer que se había casado con siete hermanos y luego al final murió: ¿cuál será el marido de esta mujer en el más allá? Una pregunta pensada precisamente para buscar “poner en ridículo a Jesús”».

En cambio la otra pregunta es ésta: «¿Es lícito repudiar a una mujer?». Pero «Jesús, en ambas situaciones, no se detiene en el caso particular, sino que va más allá: se centra en la plenitud del matrimonio».

«Tanto en el caso del levirato como en este, Jesús responde desde la verdad aplastante, desde la verdad contundente —¡esta es la verdad!—, desde la plenitud, siempre», destacó el Papa. Por lo demás, «Jesús nunca negocia la verdad». En cambio, «este pequeño grupo de teólogos iluminados negociaba siempre la verdad, reduciéndola a la casuística». A diferencia de Jesús, que «no negocia la verdad: esta es la verdad sobre el matrimonio, no existe otra».

Sin embargo, «Jesús es muy misericordioso —insistió Francisco—, es tan grande que nunca, nunca, nunca cierra la puerta a los pecadores». Se comprende cuando les pregunta: «¿Qué os prescribió Moisés? ¿Qué os ordenó Moisés?». La respuesta es que «Moisés permitió escribir un acta de divorcio». Y «es verdad, es verdad». Pero Jesús responde así: «Teniendo en cuenta la dureza de vuestro corazón escribió para vosotros este precepto».

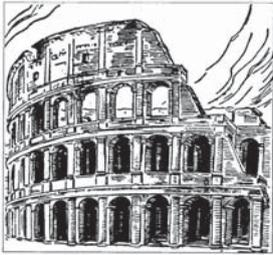
Aquí, afirmó el Pontífice, «está la plenitud de la verdad, esa verdad fuerte, contundente, pero también la debilidad humana, la dureza del corazón». Y

«Moisés, el legislador, hizo esto, pero que las cosas queden claras: la verdad es una cosa y otra cosa es la dureza del corazón que es la condición pecadora de todos nosotros». Por ello «Jesús deja aquí la puerta abierta al perdón de Dios, pero en casa, a los discípulos, les repite la verdad: “Quien repudie a su mujer y se case con otra, comete adulterio”». Jesús «lo dice claramente, sin giros de palabras: “Y si ella repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio”».

El pasaje evangélico nos revela «las verdades que nos da Jesús, que son verdades plenas, recibidas de Dios, del Padre, que son siempre así». Y nos muestra también «el modo», es decir «cómo Jesús se comporta ante los pecadores: con el perdón, dejando la puerta abierta». Y «en esta referencia a Moisés, deja en cierto sentido algo para el perdón de la gente que no logra vivir este compromiso». Por lo demás, también «hoy, en este mundo en el que vivimos, con esta cultura de lo provisional, esta realidad de pecado es muy fuerte».

Jesús, «al recordar a Moisés, nos dice que está la dureza del corazón, está el pecado». Pero «algo se puede hacer: el perdón, la comprensión, el acompañamiento, la integración, el discernimiento de estos casos». Con la conciencia de que «la verdad nunca se vende, nunca». Jesús «es capaz de decir esta verdad tan grande y, al mismo tiempo, ser tan comprensivo con los pecadores, con los débiles». En cambio, «este pequeño grupo de teólogos iluminados, que caen en la casuística, son incapaces tanto de horizontes grandes como de amor y comprensión respecto a la debilidad humana».

Como conclusión, Francisco expresó el deseo de «que Jesús nos enseñe a tener con el corazón una gran adhesión a la verdad y también con el corazón una gran comprensión y acompañamiento a todos nuestros hermanos que atraviesan momentos de dificultad». Y «esto es un don: lo enseña el Espíritu Santo, no estos doctores iluminados que para enseñarnos necesitan reducir la plenitud de Dios a una ecuación casuística».



IGLESIA PERSEGUIDA

«Llenarles el alma y el estómago»

El padre Coronel, de Ecuador, explica a AIN cómo se están canalizando las ayudas de la Iglesia después del terremoto de Ecuador

JOSUÉ VILLALÓN
AYUDA A LA IGLESIA NECESITADA



Funeral celebrado en las calles de Portoviejo, Ecuador, debido al mal estado de las iglesias tras el terremoto del pasado 16 de abril

«Ahora la presencia de la Iglesia es fundamental, la fe hace muchísimo bien». El padre dehoniano Jesús Arenal, en Pedernales

CASA por casa y acompañando espiritualmente a cada familia. Así es como los sacerdotes, catequistas y voluntarios de las parroquias de la archidiócesis de Portoviejo están repartiendo las ayudas con paquetes de alimentos y medicinas en las zonas más afectadas por el terremoto del pasado 16 de abril. Les dan agua, medicamentos, arroz, frijoles, toallas, colchonetas... El padre Walter Coronel, sacerdote *Fidei donum* de Portoviejo, explica a Ayuda a la Iglesia Necesitada (AIN) que familias enteras viven fuera de sus casas, en las esquinas y las aceras, debajo de techados de plásticos que se sostienen con palos. Noche y día, calor y frío, «¿y si llueve? Se mojan».

«Llenarles el alma y el estómago» es nuestra misión ahora mismo, «escucharles, que no se sientan solos, llevarles la caridad de la Iglesia». Cuenta el padre ecuatoriano que muchas de las ayudas del Estado llegan en camiones, «tocan el claxon y la gente se acerca, pero son auténticas marabuntas, se apelmazan y se pelean y los más débiles o ancianos no consiguen nada», es por esto —recalca— que las ayudas que se están dando a través de la Iglesia están siendo más controladas, y dando no sólo apoyo material sino también espiritual y acompañando con la oración a todos.

Por su parte, el arzobispo de la archidiócesis de Portoviejo, Mons. Lorenzo Voltolini Esti, agradece a la fundación pontificia AIN la primera ayuda de emergencia que se envió pocos días después del gran terremoto, «estamos abrumados por su solidaridad, gracias por lo que nos han dado, queremos le-

vantar cabeza y reconstruir todo lo que el terremoto nos ha quitado. No se olviden de nosotros», ruega.

La vida en el antiguo aeropuerto

MUCHAS familias han huido a otras ciudades como Quito y Guayaquil a casa de familiares, pero la gran mayoría están acogidos en la «tendópolis» que es como llaman a la gran explanada del antiguo aeropuerto de Portoviejo, donde llegó tanta gente después del terremoto por no tener edificaciones alrededor. Allí habilitaron hospitales de emergencia y centros de acogida. Hay un gran movimiento de solidaridad entre la gente, se cocina una «olla común» y comparten lo poco que tienen.

La mayoría han perdido todo, pero a pesar de ello y del derrumbe emocional, muchos tienen fuerzas para trabajar como voluntarios y recorrer las ciudades repartiendo ayudas, arriesgándose a contraer enfermedades e infecciones «a pesar de ir con mascarilla». No hay baños y las medidas de salubridad brillan por su ausencia. Hay zonas, como en el centro de Manta o Pedernales, donde se ha prohibido el paso por peligro de contagio de enfermedades.

Hasta aquí también ha llegado el sacerdote español dehoniano Pedro Jesús Arenal, quien a pesar de vivir actualmente en Quito, ha residido durante muchos años en la zona más afectada por el terremoto, en la casa que tienen los dehonianos en Bahía de Caráquez. Él explica a AIN cómo ahora la Iglesia tiene por delante «lo más difícil» porque la gente empieza a entender lo que ha pasado. «Cuando llegué a Pedernales, horas después del terremoto, veía a personas deambular por las calles, como zombis,

sin rumbo, en estado de shock completamente, no contestaban, sólo reaccionaban cuando había nuevas réplicas y comenzaban a gritar».

Un pueblo que no sólo ha perdido a sus seres queridos y sus casas, sino también sus trabajos, «lo que les daba la dignidad, ahora no ingresan nada y esto es un gran choque psicológico». Necesitan apoyo emocional, abrazos, darles consuelo. «La presencia de la Iglesia es fundamental ahora, la fe hace muchísimo bien», asegura el Padre Jesús, que vive en Ecuador desde hace trece años. «Los más pobres son los que menos posibilidad tienen de comenzar una nueva vida, su pobreza se ha convertido en miseria y esta desesperación les lleva a veces a cometer robos».

A pesar de la terrible situación, el pueblo ecuatoriano no abandona la sonrisa ni la esperanza. «Lo han perdido casi todo pero ninguno está triste», asegura el padre Walter, que recuerda las palabras del Santo Padre Francisco durante su viaje apostólico a Ecuador en julio de 2015, pidiendo a los fieles la receta para ser un pueblo tan especial:

«En todos los lugares donde voy siempre el recibimiento es alegre, contento, cordial, religioso, piadoso, pero acá había algo distinto. ¿Cuál es la receta de este pueblo? ¿Qué tiene este pueblo de distinto? Esta mañana orando se me impuso, aquella consagración al Sagrado Corazón. Toda esta riqueza que tienen ustedes, la riqueza espiritual de piedad, de profundidad, vienen de haber tenido la valentía, aunque fueran momentos muy difíciles, de consagrar la nación al Corazón de Cristo, ese corazón divino y humano que nos quiere tanto». Lo dijo el papa Francisco durante su discurso con el clero, religiosos, religiosas y seminaristas en el santuario de El Quinche, Ecuador.



Ayuda a la Iglesia Necesitada
Fundación de la Santa Sede

Donativos: www.ayudaalaiglesianecesitada.org
Teléfono: 91 725 92 12
Banco Santander: ES7400492674592814342966
Cualquier aportación, por pequeña que sea,
es muy necesaria.



Pequeñas lecciones de historia

Celia y Luis (V): educar a los hijos en Dios, con Dios y para Dios

GERARDO MANRESA

EXISTEN matrimonios en los que sus características son similares, hasta en su temperamento, su carácter, sus inclinaciones, sus cualidades y sus talentos, sus lagunas y sus defectos. Hay otros, en cambio, que parecen unir el agua con el fuego, la noche y el día. Un contraste que no es forzosamente oposición o rivalidad, pero que puede desembocar en una feliz complementariedad. Aunque poseían cualidades comunes, Luis y Celia pertenecían más bien a esta segunda categoría. Sus personalidades no eran muy iguales.

Luis es un hombre silencioso, discreto, repesado, ordenado, reflexivo. Celia, en cambio, es una mujer activa, espontánea, viva, dotada de una energía desbordante, casi impulsiva, siempre en la brecha.

Luis es un hombre con una inteligencia más bien lenta, pero dotado de una gran sensibilidad, afectividad o «inteligencia de corazón». Él es emprendedor, sabe organizar y dirigir. Lo prueba con su actividad profesional y la eficaz ayuda que aporta a la empresa de su esposa.

Celia es una mujer generosa, inteligente, viva de espíritu y llena de humor. Tanto si habla de sucesos políticos como espirituales, siempre toca de pies al suelo y a prueba de tener un gran sentido común. Su correspondencia revela una gran sensibilidad, manifiesta una capacidad de escuchar grande y un inmenso potencial afectivo que se expresa de forma desinteresada.

Siempre disponible, Celia está dispuesta a dar y darse sin reservas. A pesar de su deficiente salud, Celia muestra un coraje más allá de toda prueba. Como su marido, pues Luis no tiene nada de la imagen de un hombre inconstante y débil al que se le quiere reducir muchas veces; ponderado, ciertamente, Luis tenía coraje y era valiente e intrépido en ciertas circunstancias. Dispuesto a alistarse en la guerra, no dudó en tirarse al agua para salvar al hijo de Mathey de morir ahogado en Estrasburgo, a socorrer cuando se declara un incendio o a apagar un fuego en la sacristía cuando estaba en la Adoración nocturna o, incluso, a desafiar la animosidad de la muchedumbre hostil en el regreso de su peregrinación a Lourdes.

Es destacable en Celia, la capacidad que tiene de animar cualquier situación con sus escritos o sus ocurrencias. También Luis tenía un carácter muy alegre, como se puede ver cuando se implica tan a gusto en los juegos de sus hijas y las anima en los Buissonnets, como relata Teresita en su *Manuscrito A*. Explica sor Genoveva, Celina, que su padre «tenía dones de imitación y simulación, por ejemplo, la forma de hablar y gesticular de la gente de la región de Auverge. Nos hacía música imitando, tanto de marchas militares que él remarcaba repicando el tambor sobre la mesa con los dedos o imitando el clarinete o bien con voces, todo con una medida perfecta, una ca-

dencia que daba gusto escucharle.»¹ También añade que con la habilidad de sus manos de relojero, confeccionaba pequeños juguetes para la distracción y alegría de sus hijas.

Luis sabía atemperar la ansiedad de Celia, víctima de una tendencia recurrente a la inquietud.

Tanto el uno como el otro, Luis y Celia amaban la vida. Ellos se alegran plenamente en la voluntad de ser fieles al deber del estado familiar o profesional. La apertura a los otros por amor al prójimo preside la orientación fundamental de su vida. Los dos manifiestan, cada uno a su manera, una generosidad inextinguible, inclinados a hacer el bien, a compartir, a dar, a socorrer.

Fundamentados en una misma fe y un mismo amor de Dios, su afecto y su ternura mutuas son profundamente vividas. El uno es para el otro. Belleza del amor conyugal que enriquece al matrimonio, les hace crecer hasta lo más alto deslastrándoles de todo lo que fuera volver a sí. Nosotros tenemos algunos ejemplos en las raras cartas conservadas que ellos intercambiaron.

«Yo te abrazo de todo corazón, esperando la dicha de volvernos a reunir. Espero que María y Paulina sean juiciosas.»²

Y firma: «Tu marido y amigo que te ama para toda la vida»

Más comunicativa es Celia, a quien le encanta escribir y expresar sus sentimientos más ampliamente. En viaje familiar a Lisieux durante el verano de 1873, ella manifiesta su vivo deseo de reencontrar a su «querido Luis»:

«Yo te sigo en espíritu todo el día; Yo me digo: «Él hace tal cosa en este momento». Cuánto tarda el poder estar cerca de ti, mi querido Luis; yo te amo con todo mi corazón y yo siento aun redoblar mi afecto por la privación que experimento de tu presencia; me sería imposible vivir alejada de ti, (...) yo miraré de escribirte mañana, si es posible, pero yo no sé a qué hora volveremos de Trouville. Tengo prisa, pues me esperan para ir a hacer visitas. Nosotros volvemos el miércoles por la tarde a las siete y media. ¡Qué largo se me hace esto! Yo te abrazo tanto como te amo...»³

Luis y Celia son esposos felices, enamorados de Dios. Ellos aman, por encima de todo y de todo corazón, a su Señor. Ellos se aman también entre sí con un solo corazón y su entrega la realizan en sus hijas.

1. Recuerdos autógrafos de sor Genoveva

2. Carta de Luis, 8 de octubre de 1863.

3. Carta de Celia, 31 de agosto de 1873 (Correspondencia familiar 108)



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Impacto socioeconómico de la actividad cultural de la Iglesia

AFIRMABA León XIII en una de sus clarividentes encíclicas que «la Iglesia, aunque por sí misma y en virtud de su propia naturaleza tiene como fin la salvación y la felicidad eterna de las almas, procura, sin embargo, tantos y tan señalados bienes, aun en la misma esfera de las cosas temporales, que ni en número ni en calidad podría procurarlos mayores si el primero y principal objeto de su institución fuera asegurar la felicidad de la vida presente» (*Immortale Dei*, 1).

Muestra de esta valiosa contribución que la Iglesia católica en España presta a la sociedad en los más diversos campos de «la vida presente» la encontramos una vez más en la *Memoria de actividades* que, como cada año, ha hecho pública la Conferencia Episcopal Española y en la que se detalla la labor pastoral, educativa, evangelizadora y misionera, caritativa, social y cultural llevada a cabo por la Iglesia en las setenta diócesis españolas durante el año 2014.

En esta ocasión, además, la *Memoria* incluye un estudio en el que se recoge el impacto socioeconómico que la actividad cultural promovida por la Iglesia tiene sobre las arcas públicas. Así por ejemplo, el patrimonio con interés cultural de la Iglesia (3.168 bienes inmuebles), cuya rehabilitación, conservación y mantenimiento ordinario supone un gran esfuerzo económico para ésta, genera unos ingresos a toda la sociedad del 2,17% del PIB español y permite el sostenimiento de 225.300 empleos, de los cuales el 71% son empleos directos. El estudio también menciona el impacto de las cuarenta celebraciones de interés turístico internacional y 85 fiestas religiosas declaradas de interés turístico nacional promovidas por la Iglesia, que genera unos ingresos del 0,97% del PIB, sosteniendo 97.000 empleos directos y 37.000 indirectos.

En el mes del Sagrado Corazón de Jesús

EL semanario católico de información *Alfa y Omega* encabezaba su edición del 2 de junio con la noticia de que «el Sagrado Corazón vuelve a los hogares» en referencia a la iniciativa llevada a cabo por la delegación de Pastoral Fami-

liar del Arzobispado de Pamplona de promover la entronización en los hogares de la imagen del Corazón de Jesús como uno de los medios para alcanzar las bendiciones prometidas por el Señor a las familias que honraran su Corazón.

Y en verdad que esta devoción vuelve a estar cada vez más presente en la vida de la Iglesia, como vemos en los diferentes actos dedicados al Corazón de Jesús que se han llevado a cabo en todo el mundo durante el mes de junio, mes tradicionalmente dedicado al Sagrado Corazón.

Entre ellos queremos destacar la consagración al Corazón de Jesús realizada por la diócesis de Lyon el pasado 3 de junio en el marco del gran Jubileo de la Misericordia y que sigue la tradición iniciada años atrás por otras diócesis francesas de encomendarse especialmente a este divino Corazón.

El obispo de Lyon, cardenal Philippe Barbarin, presidió la celebración eucarística del primer viernes del mes de junio en la catedral de San Juan Bautista tras la que se realizó la consagración de la diócesis mediante una bella fórmula dividida en diferentes invocaciones para ser rezadas por los diversos miembros de la Iglesia. «Yo, –proclamaron todos los fieles–, doy y consagro a tu Sagrado Corazón mi persona, mi vida, mi inteligencia, mi memoria y mi voluntad, mis alegrías y mis penas, mi pasado, mi presente y mi futuro, para que todo lo que yo haga y viva, tanto las alegrías como los sufrimientos, sean para el amor y la gloria de Dios, para el advenimiento de su Reino de verdad, amor, justicia y paz en nuestro mundo». Los ministros ordenados y seminaristas dedicaron al Corazón de Jesús su formación y ministerio, solicitando del Señor la gracia de ser cooperadores de su obra de salvación. Los consagrados confiaron al Sagrado Corazón y al Inmaculado Corazón de María sus deseos y promesas de pobreza, castidad y obediencia, implorando su ayuda para desarrollar sus carismas propios. Las familias cristianas consagraron su vida cotidiana y oraron para llegar a ser auténticos «santuarios de amor y vida». Los jóvenes se entregaron también al Corazón de Jesús para obtener de Él un corazón semejante al suyo que les permita cumplir su voluntad en medio del mundo. Para acabar, monseñor Barbarin consagró la Iglesia de Lyon para que, disponiendo el Sagrado Corazón de todos y de todo con completo y total derecho, sea un signo del amor redentor del Corazón de Cristo entre los hombres y mujeres de la diócesis.

La «Iglesia cristiana universal de la nueva Jerusalén» no está en comunión con la Iglesia católica

A sí lo ha hecho público recientemente la diócesis de Sora-Aquino-Pontecorvo (Italia) a través de una nota de su obispo, monseñor Gerardo Antonazzo, que ha sido difundida en todas las iglesias de la diócesis en las misas del domingo.

Este grupo cismático, fundado en Italia por la presunta vidente Giuseppina Norcia, lleva años difundiendo doctrinas abiertamente contrarias a la fe católica en tanto que recomienda a los fieles no frecuentar los sacramentos, desaprobando las enseñanzas y la autoridad del Sumo Pontífice, evitar el contacto con los sacerdotes y sus respectivas comunidades parroquiales y transgredir la disciplina eclesiástica. Empeñados en difundir en diversas localidades del sudeste de Roma estas falsas doctrinas religiosas y enseñanzas bíblicas distorsionadas y ajenas a la verdad de los textos sagrados, en octubre de 2015 se constituyeron como sedicente «Iglesia cristiana universal de la nueva Jerusalén», hecho que motivó el examen de la Congregación para la Doctrina de la Fe y cuyo dictamen ha hecho ahora público monseñor Antonazzo. Consciente de su responsabilidad de salvaguardar la integridad de la fe, la comunión eclesial y la acción pastoral de la Iglesia en favor del Pueblo de Dios, el obispo de Sora-Aquino-Pontecorvo ha dejado claro que este grupo pseudo-religioso está en absoluta oposición a la doctrina católica, y por lo tanto no tiene nada que ver con la gracia de la fe y la salvación que Cristo ha confiado a la Iglesia fundada sobre la sólida roca del apóstol Pedro. Y recuerda que los fieles que se adhieren a la mencionada «iglesia» incurren en la excomunión *latae sententiae* para el delito canónico del cisma, según el canon 1364 del Código de Derecho Canónico.

Asamblea General de las Obras Misionales Pontificias (OMP)

El pasado 30 de mayo dio comienzo en Roma la Asamblea General de las OMP bajo el lema «Despertar la conciencia de la misión», asamblea que coincide con el primer centenario de la fundación de la Pontificia Unión Misional (PUM), establecida por inspiración del beato padre Paolo Manna para iluminar, inflamar y trabajar organizando a los sacerdotes y, mediante ellos, a todos los fieles en favor de las misiones.

Durante este encuentro, que se prolongó hasta el 4 de junio, el presidente y secretarios generales de las OMP (Obra de la Propagación de la Fe, Obra de la Infancia Misionera, Obra de San Pedro Apóstol y Pontificia Unión Misional) junto con los más de cien directores nacionales se reunieron para reflexionar en torno a cinco puntos: el servicio que las OMP pueden prestar a las Iglesias jóvenes, la naturaleza y misión de la PUM, los desafíos de la pluralidad religiosa y de las preocupantes amenazas del integrismo étnico, religioso y cultural, los contextos de pobreza que desafían periferias, inmigrantes, prófugos, perseguidos y refugiados y los nuevos contextos culturales y pastorales que se refieren al matrimonio y a la familia.

El último día los participantes en la Asamblea, acompañados por el cardenal Filoni, prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, fueron recibidos por el papa Francisco, quien les agradeció su precioso servicio a la misión de la Iglesia, que es el de «llevar el Evangelio a toda criatura». El Santo Padre también les recordó que no son una ONG y que su cometido no puede quedarse únicamente en lo organizativo sino que necesita la «mística» de los santos y los mártires, un verdadero espíritu sobrenatural propio de la pasión evangélica.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Junio

Universal: Para que los ancianos, marginados y las personas solitarias encuentren, incluso en las grandes ciudades, oportunidades de encuentro y solidaridad.

Por la evangelización: Que los seminaristas y los novicios tengan formadores que vivan la alegría del Evangelio y les preparen con sabiduría.

Julio

Universal: Que sean respetados los pueblos indígenas amenazados en su identidad y hasta en su misma existencia.

Por la evangelización: Que la Iglesia de América Latina y el Caribe, a través de la misión continental, anuncie con ímpetu y entusiasmo renovado el Evangelio.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Estados Unidos, sacudido por el fenómeno Trump

ESTADOS UNIDOS está viviendo una de las elecciones primarias más inusuales de las últimas décadas para designar a los candidatos a presidente para suceder a Barack Obama. Y esta singularidad tiene un nombre: Donald Trump, el multimillonario ególatra, *enfant terrible*, populista, demagogo, mujeriego, soez, prepotente y simplista que ha arrasado al resto de candidatos republicanos y al que ya nadie le separa de la nominación presidencial.

Los analistas lo descartaron al principio, teorizaron sobre la imposibilidad de que se alzase con la victoria en las primarias republicanas y ahora están intentando explicar cómo ha podido suceder algo en lo que nadie creía. Y es que Trump es un candidato que, tras un análisis racional, debería ser descartado por el votante informado: no en vano provoca un elevadísimo rechazo (un 40% de los estadounidenses creen que Trump sería el presidente más horrible de la historia de los Estados Unidos) y consigue niveles de apoyo muy bajos entre las minorías raciales, tanto entre los hispanos como, de modo especialmente intenso, entre los negros. Tampoco cuenta con el apoyo de la prensa conservadora, que atacan lo que consideran su populismo nativista y su apuesta nacionalista por el proteccionismo.

Y sin embargo, Trump se ha salido con la suya y ha alcanzado contra todo pronóstico la nominación republicana. ¿Qué puede explicar este éxito? Más allá de las características del personaje, entre las que no es algo menor su habilidad para manejar los medios de comunicación modernos, hay motivos reales que ayudan a explicar el fenómeno Trump. Por un lado, el nivel de enfado de los norteamericanos: una encuesta reciente señalaba que los menos enojados son los que viven en hogares con rentas por encima de los 150.000 dólares anuales (los ricos) o con rentas inferiores a 15.000 dólares (los pobres). Por contra, los más irritados y pesimistas son quienes ganan entre 50.000 y 74.900 dólares. El americano medio está decididamente enfadado y cree que las cosas en su país necesitan un cambio drástico.

El discurso tradicional republicano, que presenta la libertad de mercado como el medio para conseguir prosperidad, ha salido malparado de la crisis de estos últimos años en la que la clase media estado-

unidense no ha dejado de perder poder adquisitivo. Además, esa supuesta libertad de mercado demasiadas veces es el nombre con el que quieren ocultar la corrupción generalizada entre la administración y empresas privadas.

A esta situación se suma la cuestión de la inmigración, donde Trump defiende políticas que han provocado protestas viscerales, como la de la construcción de un muro que separe a los Estados Unidos de México. Existe un consenso entre los *establishments* de los partidos demócrata y republicano acerca de la naturaleza sustancialmente positiva y en cualquier caso imparabile de la inmigración. Pero lo cierto es que la inmigración tiene importantes costes en la vida de la gente ordinaria que los políticos profesionales contemplan en la lejanía. Aquellos sobre quienes recaen esos costes, hasta ahora minimizados o incluso negados en público, están dando su voto a quien ha roto el tabú y dado dimensión pública a sus quejas. Son los que ya no se sienten en casa en su propio país y son más de los que imaginaban. Que Trump no tenga propuestas realistas para solucionar esos problemas no parece importarles demasiado si pueden hacer oír su voz.

Por otro lado está lo que el presidente del American Enterprise Institute, Arthur C. Brooks, llama «política del desprecio»: el *trumpismo* sería una consecuencia de esa política. «La candidatura de Trump —escribe Brooks— surgió como reacción al desdén de los progresistas hacia los ciudadanos de a pie que sólo aspiran a ganarse la vida en una situación económica complicada. Muchos creen haber encontrado en Donald Trump a un paladín capaz de contraatacar». Impulsivo, dice cosas que se supone que un político con aspiraciones no debería decir. Esto le hace atractivo para mucha gente harta de sentirse juzgada y humillada por la omnipresencia de lo políticamente correcto. Gente normal que ha sido acusada de racista cuando han expresado sus preocupaciones y que ven con simpatía a alguien que dice en público lo que ellos piensan. Como señalaba el editor de First Things, R. Reno, «no nos hemos dado cuenta de cuánto ha humillado y silenciado lo políticamente correcto a la gente ordinaria».

Por último, otro factor a tener en cuenta es el sentimiento de cansancio de ser el policía del mundo mientras en casa se pasan penurias, también mayor de lo previsto. Desde el 11-S, los republicanos han

apostado por una política exterior intervencionista y eso tiene un coste, en vidas y recursos. Trump supone un resurgir del aislacionismo, de la negación del excepcionalismo norteamericano: Estados Unidos ya no sería el faro moral de todas las naciones ni estaría llamado a ejercer ninguna hegemonía global, bastante tiene con ocuparse de sus problemas. Un mensaje que cala entre muchos, descontentos con el curso de las cosas en su propio país.

En definitiva, Trump es un populista con malos modos que promete el oro y el moro sin explicar cómo lo va a conseguir, pero los problemas que utiliza como palanca existen. Su éxito no radica en sus propuestas irreales ni en consideraciones ideológicas, sino en la sensación de que las fórmulas aplicadas para mejorar la vida de los norteamericanos no están funcionando. La esperanza que vendió Obama se ha desvanecido y son cada vez más quienes sienten que les han arrebatado eso que llaman el «sueño americano». No es sólo una sensación, es un hecho: la movilidad social, una de las claves del sistema norteamericano, no hace más que reducirse desde hace décadas y se encuentra hoy en día por debajo de la de algunos países europeos. Como explicaba David Goldman, la movilidad ascendente se ha bloqueado y la gente tiene la percepción de que este bloqueo no es accidental, sino que ha sido provocado por las elites.

En el bando demócrata, la nominación va a ser para Hillary Clinton, si bien su rival en estas primarias, el septuagenario socialista Bernie Sanders ha puesto en evidencia todas las debilidades de la candidata. Demasiado débil para conseguir la victoria pero lo suficientemente fuerte para mostrar las carencias de Hillary, ésta no está consiguiendo los apoyos esperados ni entre los hispanos, ni entre las mujeres, ni entre los jóvenes. Sólo los negros le están siendo homogéneamente fieles. Además, el posicionamiento de Sanders, que se beneficia entre los demócratas del mismo hartazgo que ha aupado a Trump entre los republicanos, ha obligado a Hillary Clinton a escorarse aún más hacia la izquierda. Eso sí, Clinton cuenta con el sólido apoyo del poder económico y mediático estadounidense y de la multinacional del aborto Planned Parenthood, que sabe que con ella el negocio seguirá creciendo.

En cualquier caso, sabemos que Hillary no genera el entusiasmo que produjo Obama. Al mismo tiempo todas las encuestas le dan ganadora en un cara a cara con Trump, por lo que parece que no va a necesitar de ese entusiasmo para convertirse en la primera mujer presidente de los Estados Unidos. Pero después de estas extrañas primarias, ya nadie se atreve a descartar a un Trump que ha llegado mucho más lejos de lo que todos creíamos.

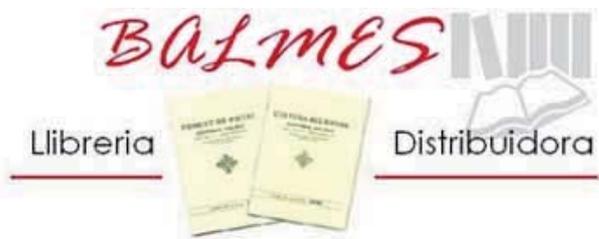
Política anticatólica: Renzi como Cavour

SIEMPRE es interesante mirar al pasado para comprender el presente. No hay reglas fijas, pero sí se pueden descubrir influencias, constantes que arrojan luz sobre la situación que vivimos. Es lo que señala la historiadora italiana Angela Pellicari a propósito de la decisión del primer ministro italiano, Mateo Renzi, que se declara católico y que ha recibido el apoyo explícito de múltiples hombres de Iglesia, de dinamitar la institución del matrimonio con la aprobación de la ley que permite el matrimonio entre personas del mismo sexo, y esto en medio de gigantescas protestas que han llevado a la calle a millones de italianos en un fenómeno sin precedentes.

Pellicari ve un precedente histórico de la actitud de Renzi: la figura del conde de Cavour, el gran hacedor de la unificación italiana bajo la hegemonía de la Casa de Saboya. Cavour también impulsó una ley que iba contra los deseos y creencias de la inmensa mayoría de los italianos: la ley de 29 de mayo de 1855 contra las órdenes mendicantes y contemplativas. Con esta ley se les negaba personalidad jurídica y el Estado liberal les arrebató todos sus bienes. Era la proclamada política de «una Iglesia libre en un Estado libre» que mostraba así su verdadero rostro.

No fue un trago especialmente agradable. La oposición no sólo de la Iglesia, sino de la práctica totalidad del pueblo, parecía indicar un grave error estratégico. Cavour, hombre poco dado a las cuestiones religiosas, debía involucrarse en una batalla de índole religiosa que duró seis meses de discusiones parlamentarias. La Casa de Saboya, según la profecía de Don Bosco, debe a la aprobación de esta ley su desaparición del elenco de dinastías reinantes. Y a pesar de todo, el conde de Cavour siguió adelante. ¿Por qué?

El motivo de su persistencia fue la necesidad perentoria, vital, de contar con el apoyo de las potencias liberales de la época, principalmente Inglaterra y Francia, para continuar con su proyecto de unificar Italia bajo la égida liberal y anticatólica característica del nacionalismo del Risorgimento. Sólo con el apoyo de estas potencias podía Cavour construir esa Italia que debía pasar por encima del Vaticano, los monarcas católicos italianos y la inmensa mayoría del pueblo italiano. Y esas potencias exigían toda la legislación anticatólica que Cavour impulsó. Hoy el dictado de las potencias no exige leyes anticlericales, sino el fin del matrimonio, y Renzi, sabedor de que si no se pliega a esos deseos le dejarán caer, ha decidido seguir los pasos de Cavour enfrentándose también con millones de italianos. Es muy dudoso que, en un análisis a largo plazo, los Saboya saliesen ganando con su política anticatólica; probablemente no tendremos que esperar tanto para hacer un balance de las políticas de Renzi.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

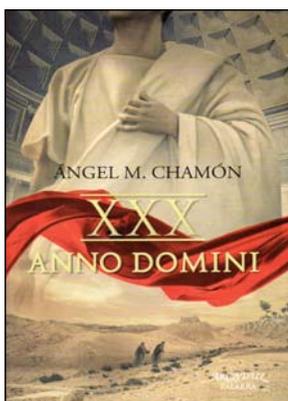
SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras.

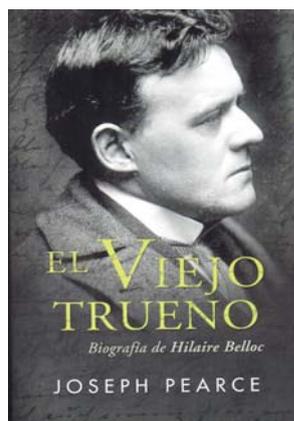
Este mes recomendamos:



XXX Anno Domini.

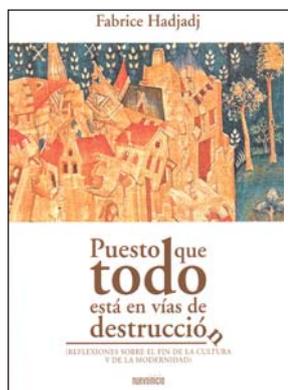
Autor: Angel. M. Chamón
Editorial: Arcaduz
704 páginas
Precio: 23,90 €
Estamos en el año 30 de la era cristiana, cuando Jesús de Nazaret está a punto de iniciar la vida pública. En este amplio y detallado contexto histórico, la novela recrea con pluma precisa y brillante el ambiente socio-político en que Jesús comenzó su predicación. Comparecen gentes de muy distinta ascendencia y ocupación entre quienes se encuentran María Magdalena, Caifás, Nicodemo,

Marta, Zaqueo, Juan y Andrés, Herodías... y otros.



El viejo trueno

Autor: Pearce, Joseph
384 páginas
Precio: 20,90 €
En esta biografía, Joseph Pearce describe las relaciones de Belloc con autores de su tiempo como Chesterton (a quien guió hacia el catolicismo), Waugh y Sassoon, y examina su gran impacto en la vida intelectual británica, que perdura aún hasta nuestros días. Usando un gran número de cartas no publicadas hasta la fecha, nos revela a un romántico, a un hombre solitario y a uno de los gigantes del renacimiento cultural católico inglés del pasado siglo.



Puesto que todo está en vías de destrucción.

Reflexiones sobre el fin de la cultura y de la modernidad
Autor: Hadjadj, Fabrice
Editorial: Nuevoinicio
186 páginas
Precio: 14,00 €
El estado crítico de nuestra época presenta características especiales, extremas, y se parece mucho a una fase terminal: puede que no vivamos ya en una época, sino más bien en una prórroga.

Esta obra de Hadjadj trata sobre esa alianza de tradición y modernidad, de escatología y cultura, de lucidez ante la muerte y educación abierta a la vida. El autor querría pasar del transhumanismo de J. Huxley al trasumanar de Dante, para extraer así del apocalipsis venidero una alegre sabiduría.



Obras selectas

Autor: San Francisco de Sales.
Editorial: B.A.C
982 páginas
Precio: 45,00 €
Biblioteca de Autores Cristianos ofrece en este primer volumen de las *Obras selectas* de san Francisco de Sales algunos de sus escritos espirituales fundamentales: la *Introducción a la vida devota*, una selección de sus *Sermones* y las *Conversaciones espirituales*. Ellos nos acercan e introducen en el corazón de la espiritualidad salesiana: una espiritualidad del amor de Dios cuya lectura puede ser muy adecuada durante este Año Jubilar de la Misericordia

CONTRAPORTADA

«Nazaret, lección de vida familiar»



Sagrada Familia de Murillo

Nazaret es la escuela donde empieza a entenderse la vida de Jesús, es la escuela donde se inicia el conocimiento de su Evangelio.

Aquí aprendemos a observar, a escuchar, a meditar, a penetrar en el sentido profundo y misterioso de esta sencilla, humilde y encantadora manifestación del Hijo de Dios entre los hombres. Aquí se aprende incluso, quizá de una manera casi insensible, a imitar esta vida.

Aquí se nos revela el método que nos hará descubrir quién es Cristo. Aquí comprendemos la importancia que tiene el ambiente que rodeó su vida durante su estancia entre nosotros. (...) Aquí todo habla, todo tiene un sentido.

Aquí, en esta escuela, comprendemos la necesidad de la disciplina espiritual si queremos seguir las enseñanzas del Evangelio y ser discípulos de Cristo.

¡Cómo quisiéramos ser otra vez niños y volver a esta humilde pero sublime escuela de Nazaret! ¡Cómo quisiéramos volver a empezar, junto a María, nuestra iniciación a la verdadera ciencia de la vida y a la más alta sabiduría de la verdad divina!

(...) Se nos ofrece además una lección de vida familiar. Que Nazaret nos enseñe el significado de la familia, su comunión de amor, su sencilla y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable, lo dulce e irremplazable que es su pedagogía y lo fundamental e incomparable que es su función en el plano social.

PABLO VI, *Homilía en Nazaret*, 1964